



# **Itinerario de crónicas personales**

Memoria para optar al título profesional de periodista

**SERGIO KARIM TRABUCCO ZERÁN**

**PROFESORA GUÍA: XIMENA POO FIGUEROA**

**Santiago, Chile**

**Octubre de 2008**

## INDICE

<b>DEDICATORIA</b>	<b>4</b>
<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>6</b>
<b>CAPÍTULO I: CRÓNICAS DE TRÁNSITOS...</b>	<b>9</b>
<b>El tripulante maldito</b>	<b>10</b>
<b>Sacar las castañas con las patas del gato o Atenas en el corazón</b>	<b>12</b>
<b>Cartagena en el corazón</b>	<b>14</b>
<b>Morir en el Amazonas con un real</b>	<b>17</b>
<b>Cartagena en el corazón o la peor noche en el mejor hotel (2ª parte)</b>	<b>21</b>
<b>La revista porno y el último llamado de embarque</b>	<b>22</b>
<b>El correo a diez mil metros de altura</b>	<b>27</b>
<b>Trip love</b>	<b>28</b>
<b>CAPÍTULO II: CRÓNICAS DEL MEDIO ORIENTE</b>	<b>30</b>
<b>El último verano en beirut</b>	<b>31</b>
<b>Beirut</b>	<b>38</b>
<b>El puente Allenby y el chofer palestino</b>	<b>40</b>
<b>Palestina</b>	<b>48</b>
<b>CAPÍTULO III: CRÓNICAS DE “BELLEZA PODRIDA”</b>	<b>50</b>
<b>Se llamaba ernesto</b>	<b>51</b>
<b>El niño y el sexo</b>	<b>55</b>
<b>La bola disco o la disco en bolas</b>	<b>58</b>
<b>Los putos también lloran</b>	<b>60</b>

<b>El músculo sin diente</b>	<b>62</b>
<b>Lágrimas de verde guasabi</b>	<b>64</b>
<b>CAPÍTULO IV: CRÓNICAS DE UN SANTIAGO PERSONAL</b>	<b>65</b>
<b>Buenas tardes señora oruga...</b>	<b>66</b>
<b>Esposas esposadas por esposos en la clavícula</b>	<b>68</b>
<b>La oruga prematura y el museo vacío</b>	<b>68</b>
<b>Buenos días señor embajador</b>	<b>70</b>
<b>Nada que decir más que Scheiße (mierda)</b>	<b>74</b>
<b>El gato y el niño</b>	<b>75</b>
<b>El hotel con aroma francés o el día en que fui botones</b>	<b>76</b>
<b>Los secretos de Lady Godiva</b>	<b>79</b>
<b>La pajarera de metal</b>	<b>81</b>
<b>Erase una vez una azafata</b>	<b>83</b>
<b>La puerta 15</b>	<b>83</b>
<b>Pollitos en fuga</b>	<b>84</b>
<b>CAPÍTULO V: CRÓNICAS Y CREADORES</b>	<b>86</b>
<b>Isidora Aguirre: "Yo no soy profeta en mi tierra"</b>	<b>87</b>
<b>Un viaje de ida y vuelta de la mano de Roser Bru</b>	<b>91</b>
<b>Las perlas y cicatrices de un valeroso torero</b>	<b>95</b>
<b>AL CIERRE...</b>	<b>105</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>107</b>
<b>CALIFICACIONES</b>	<b>108</b>

## Dedicatoria

Quisiera dedicar este trabajo a aquellas anónimas personas que han marcado mi vida. Aquellos desconocidos con los que he compartido el trayecto de la micro; aquellos *putos* de Parque Forestal que me han amedrentado con sus calientes, y a la vez tristes miradas; a los compañeros de fiesta, aquellos que han buscado refugio pasajero entre mis brazos de macho triste.

Dedico muy especialmente este trabajo a quien se hizo llamar, después de un desesperado telefonazo de media noche de mi madre, mi tía: el escritor Pedro Lemebel, quien me enseñó a herir y a autoherirse con la escritura deslenguada.

También a las aguerridas mujeres de Radio Tierra, quienes me permitieron decir lo que yo quisiera por cinco maravillosos años, en los que me encontré con maravillosas personas que me enseñaron a no tener miedo; como los conductores del programa *Triángulo Abierto*, por ejemplo.

Gracias también a mis compañeros de periodismo de la Universidad de Chile, quienes recibían mis descargos provocadores mientras me miraban atónitos. Gracias a aquellos que nunca me hablaron durante nuestro paso por la universidad, porque en sus miradas veía el temor de la complicidad.

Agradezco muy especialmente a Patricia Espinosa, profesora de la Universidad de Chile que siempre me incentivó a escribir(le) y quien siempre veló para que en sus clases pudiésemos darle vida a la pluma.

Finalmente, quisiera agradecer al profesor de la universidad privada cuyo rostro se desfiguró cuando le pregunté por qué no analizábamos la literatura de Jaime Bayley, ya que con ese gesto entendí que mi lugar era otro, el que finalmente encontré.

Gracias a los viajes, a los aviones y a mis padres, quienes supieron darme la libertad de poder registrar en mi cabeza, sin remordimientos ni culpas, lo que mi grabadora no retiene o no quiere retener.

## Introducción

A inicios de 2003 me contactaron de la revista Imperio G de Argentina para que me hiciera cargo de la corresponsalía en Chile de dicha revista. En ese entonces yo cursaba segundo año de periodismo en una universidad privada en Santiago y trabajaba, hacía tres años en Radio Tierra conduciendo y produciendo *Rotación en la Tierra*.

Hago énfasis en lo de la universidad privada porque, aunque haya sido una experiencia de la que no me arrepiento, mi paso por dicha institución había hecho que acumulara unas ganas incontenibles por ser irreverente y atrevido a la hora de escribir, ya que en ese lugar muchas cosas estaban prohibidas y otras tantas, como me reconocieron clandestinamente algunos profesores, habían sido sometidas a censura.

Al recibir la invitación no dudé en aceptarla y en ser parte de la entonces revista gay más importante de Argentina. El editor me había advertido que el único requisito era que los entrevistados fueran homosexuales, por lo que inmediatamente pensé en Pedro Lemebel como mi primera “víctima”.

Los libros de Pedro me los había devorado en lo que había sido mi salida triunfante del armario. Fue así como contacté a Pedro, quien me advirtió que él no daba entrevistas a medios en Chile y que hacía pocas semanas le habían hecho una entrevista fabulosa para el periódico trasandino Página 12.

Pero una tarde de 2003, Lemebel me recibió en su cité ubicado en Bellavista. Aquella tarde jamás se me olvidará. Llegué a la hora y en el interior de la casa estaba su sobrina y el novio de ésta haciendo algunos arreglos. Yo había llevado algunas cosas para que tomáramos algo durante la tarde; pretendía que más que una entrevista fuese una conversación. Había llevado también mi grabadora, varias cintas extras, dos pares de pilas y la cámara análoga que había heredado en vida de mi padre y que había estado muy presente aquel año en que el que le había apretado con insistencia el gatillo para mi clase de fotografía.

Pedro llegó con algún retraso. Me posó para que lo pudiese fotografiar y comenzamos el viaje hacia su vida en una entrevista que duró varias horas y que incluyó un sinfín de interrupciones en *off de record*.

Esa misma noche transcribí la entrevista y al día siguiente la despaché al otro lado de la cordillera. A las pocas horas recibí un mail del editor con una pregunta que fue decisiva: ¿cómo quería yo firmar mis entrevistas publicadas en la revista, con un nombre falso o con el verdadero?

No dudé, y fue mi nombre el que siempre ha acompañado mis publicaciones, especialmente en la primera de aquella revista, con la que conocí lo que era la crónica, un género periodístico, o literario -según algunos- que permite jugar con los límites entre verdad y ficción, sin perder de vista que en periodismo manda la rigurosa realidad, pero echando mano a recursos que se utilizan en la narrativa y que tiene en el nuevo periodismo o periodismo literario su máxima expresión.

Tiempo más tarde me hice un blog en Internet, gracias a una invitación de la profesora Patricia Espinosa para escribir temas que “socialmente” estaban prohibidos, mezclando las crónicas con experiencias de mi vida y mis viajes.

Luego empecé a trabajar como periodista de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile, donde pude experimentar los distintos estilos y así pude hacerle entrevistas a la artista visual Roser Bru y a la escritora y dramaturga Isidora Aguirre, entre otros creadores que siguen moviendo la escena nacional.

En julio de 2006 invité a mi madre, también periodista, a embarcarse conmigo en una locura: un viaje por un mes a Medio Oriente. Quise ir con ella a la tierra de nuestros orígenes para entender un poco más el mundo árabe, nuestro pasado y poder ver de dónde vienen nuestras raíces más profundas.

Fue así como, en la tarde del 2 de julio de 2006, tocábamos tierra en el aeropuerto Rafic Hariri de Beirut, sin saber que pocos días después, y estando nosotros en Jordania, estallaría una nueva guerra en Medio Oriente.

Este trabajo de crónicas recopila todo lo anterior y, por eso, extiende los límites del proyecto original. Es un cruce entre lo literario, lo periodístico y lo vivencial. Es un viaje de sensaciones, de situaciones, de malestares y de aviones, que a través de un mismo estilo, se unen en torno a episodios, noticias, personajes, viajes y sentimientos, utilizando la crónica como recurso para contar las distintas realidades que, al estilo de Lemebel, en Chile, de Monsivais, en México, de Tomás Eloy Martínez, en Argentina, intenta recuperar un género para el periodismo cultural.

# CAPÍTULO I

## CRÓNICAS DE TRÁNSITOS...



## ***El tripulante maldito***

Cuenta la historia que cuando el vuelo 416 despegaba la tormentosa noche del 7 de marzo del año 2001 desde París a Santiago, con escala en Buenos Aires, dos hombres se conocieron y nunca se dejaron de ver.

El avión estaba con su capacidad al máximo. Una fuerte tormenta demoraba el despegue desde el aeropuerto Charles de Gaulle de la capital francesa.

El boeing 777 de la compañía francesa retrasaba el carreteo a la pista por la nieve que a eso de la medianoche caía sobre el aeropuerto. Sentado en una de las últimas filas, afortunadamente en pasillo por lo inquieto y curioso que a los 19 años era, me disponía a derramar lágrimas de olvido para despedirme así de los 45 magníficos días en el viejo continente, y de todos los amores que logré coleccionar en mi imaginación, cuando mis compañeros de fila iniciaron lo que se transformaría en mi peor pesadilla.

Casi exagerando el acento argentino, mis vecinos hablaban sin parar. El vuelo despegó, la comida se sirvió, las luces se apagaron y ellos seguían hablando...

Si bien debo reconocer que fue gracias a la verborrea de mis acompañantes de fila lo que me permitió olvidar la pena que sentí por dejar las experiencias que me habían marcado en aquel viaje, y que yo suponía olvidaría en el momento en que las puertas del triple siete se cerraran.

Molesto, me levanto de mi asiento y me dirijo hacia la cocina posterior del avión para conversar con la tripulación, cuando del baño se abre la puerta y casi me golpeó si no fuera porque la alcancé a esquivar. Un hombre de estatura media salió y me pide perdón, en argentino, diciendo: "Che perdoná", a lo que le respondí que estaba todo bien y que no había pasado nada.

Nos pusimos a hablar y me dijo: " yo soy tripulante de esta línea aérea y voy sin uniforme, porque no estoy trabajando en este vuelo, ya que voy de vacaciones a Buenos Aires a ver a mi familia. Nadie sabe que soy gay y no quiero que nadie lo sepa". Hablamos un poco más, le hablé de mí, de mi viaje y no alcanzamos a despedirnos en la escala en Argentina.

Al llegar a Santiago mi celular sonó y era él para despedirse. Sentí un gran alivio, porque pensé que lo que yo sentía no se había quedado del lado de allá, sino que viajó conmigo a través de los recuerdos y de la conversación con aquel tripulante del vuelo triple siete.

Tres años después entré, casi sin proponérmelo, a trabajar en esa aerolínea y, con sorpresa, a los pocos días me lo encuentro. Era muy amigo de alguien que siempre me detestó, y entonces se hizo el que nunca me conoció. Pasaron tres años más y nos seguimos viendo esporádicamente en sus escalas en Santiago e insistía en no conocerme...

No hice más esfuerzos y cuando él, que nunca me quiso, me dijo que no era cierto que yo lo conocía, yo, de memoria, le dije su nombre completo y casilla electrónica. El sólo respondió "que tripulante más maldito...".

### ***Sacar las castañas con las patas del gato o Atenas en el corazón***

... el vuelo Olypmic Airways llegaba a Atenas procedente de Berlín, sin mucha demora, un invierno de febrero. Un anuncio en un griego histérico y en un cuasi inglés pedía a los pasajeros desembarcar con el pasaporte en la mano, porque buscaban a un delincuente que estaba en el avión... Llegué a pensar lo emocionante que pudo haber sido el haber tenido a aquel delincuente sentado a mi lado durante las dos horas de vuelo y sin haberme percatado. Incluso podía haber estado fumando en las filas traseras en aquel vuelo donde hasta hoy se puede fumar. Hasta me pudo haber secuestrado, desviado el avión a Puerto Montt y haberle exigido un rescate a mi tío Mohamed V, dueño de hoteles y autos de aquella ciudad, pero no, nadie sabía quién era, aunque tiempo después, conociendo a los griegos, pensé que se pudieron haber equivocado de avión y mientras nos desembarcaban con azafatas que disimulaban una tenue sonrisa, no pensaban que al que buscaban podía estar en el vuelo procedente de París, Roma, Londres, Damasco o Madrid que a la misma hora aterrizaba en aquel galpón de la capital griega.

Nadie movió ni un pelo. Todos sacamos nuestros pasaportes y desembarcamos silenciosos y sin entender nada.

Tras pasar unos días en la capital griega tomé un avión rumbo a la isla de Santorini o Thira en griego (para lo que hay que poner la lengua entre los dientes y resbalarla hasta alcanzar la pronunciación correcta). Aquella isla, devorada por los turistas durante el verano, estaba vacía. Hasta ese momento mi único contacto con una isla del mediterráneo había sido a través de Cortázar y su cuento *La Isla a Mediodía*, hasta ahora mi favorito, siempre mi favorito.

Mochileros que la visitaban fuera de temporada se reunían en el único bar abierto de aquella isla de dos por dos, donde pasé tardes enteras mirando el aeropuerto desde una colina, esperando ver despegar y aterrizar aviones de línea que unían la capital de Grecia con aquella isla, contando pasajeros que llegaban y salían. Nunca eran más de dos personas por vuelo en los únicos dos despegues diarios. Aquel Bar estaba atestado por turistas que esa noche se refugiaban de la lluvia y de la lata de no poder hacer nada más que beber; habían tres francesas de algún lugar del centro de Francia, algunos alemanes y un suizo de quien sólo recuerdo que era de Suiza y que era el único quizás de la isla y del bar, que no había ido a pasear sino que a hacer negocios.

No recuerdo cómo llegué a conversar con él, pero sí recuerdo que él viajaría esa misma noche hasta Creta en un ferry. No lo pensé dos veces y me decidí a partir con él a Creta, cruzando una tormenta furiosa.

Me pasarían a buscar media hora antes de que saliera el ferry; quedamos a la 01:30 de la madrugada. Empaqué mis cosas a eso de las 11:30 de la noche y procuré reservar un boleto para dos días después entre Creta y Atenas.

Con mis cosas ya guardadas me senté en la cama, me acurruqué entre mis frazadas con olor a encierro de aquella habitación con vista a un mar triste de invierno y lloré de pena hasta quedarme dormido hasta el día siguiente.

Desperté temprano, salí a la calle, tomé un taxi rumbo al aeropuerto y me subí al primer avión rumbo Atenas con la sensación de haberme mareado en ese barco que nunca tomé en una noche de tormenta en la isla Santorini.

### ***Cartagena en el corazón***

Mi madre, en su solidaridad entre periodistas, me había invitado a que la acompañara a un congreso en Cartagena de Indias, Colombia, organizado por la Fundación del Nuevo Periodismo Latinoamericano que dirige, desde la distancia, Gabriel García Márquez.

El único requisito que mi madre me había puesto era que yo debía costearme el pasaje. Nada de tonto asalté a mi padre con sus kilómetros de LanChile y ya, pasaje conseguido.

Fuimos meticulosos en que los vuelos coincidieran tanto para mi madre como para mí. Recuerdo que partiríamos una mañana de día jueves. Yo, el día anterior acudí a la Universidad, cuando suena mi celular y mi madre me dice que le han puesto una reunión de directorio en TVN y que deberá tomar otro vuelo, llegando con un día de retraso a Colombia, pero que yo no me preocupara porque me estarían esperando.

Como no tengo problema en montarme arriba de los aviones, me nutrí del último libro de García Márquez por si me hacían algo así como un control cultural de sorpresa. Con el libro al hombro volé rumbo a Bogotá para luego conectar a Cartagena. El vuelo, previa escala en Lima, arribó al aeropuerto El Dorado de Bogotá con cinco minutos de adelanto. Ya advertido de que la aerolínea que tomaría en conexión no pasaba por buenos momentos económicos, nunca pensé lo peor: me habían cancelado el vuelo y yo debía esperar siete horas en Bogotá.

La Vega Central de Santiago es más ordenada que el aeropuerto El Dorado, pero bueno, técnica número uno en estos casos es sonreír..., así que sonreí. Me acerqué donde una señorita y en una conversación muy confusa yo pedí un teléfono y como si fuera poco me transportaron al salón VIP.

Más de algún narco que esperaba esa *requete* calurosa tarde su vuelo en ese diminuto pero necesario salón Vip se vio atormentado por mi presencia. Yo, de guayabera y zapatillas fluorescentes (ad hoc con la caribeña y tropical ocasión) comía panecitos, mandaba *mails* y bebía agua mineral de la buena, todo sin entender por qué estaba yo ahí, pero cuando me preguntaban algo me hacía el leso.

Mi vuelo finalmente despegó y fui invitado a embarcar prioritario, como si de un convicto vip se tratara y ahí estaba yo, recibiendo reverencias de las tripulantes que tampoco entendían por qué un mal vestido menor de 25 era tratado así, pero no importaba, ya que lo que importaba era salir.

Fiel compañero de viaje, el libro del "Gabo", como le dicen a Gabriel García Márquez, me instruyó sobre su familia, hermanos y padres.

El vuelo aterrizó en Cartagena y un letrado con mi nombre era sostenido por un señor que vestía un envidiable traje blanco. Me disculpo por la demora y me corrige que ya había sido informado. Estrechamos manos, pongo la voz un poco más ronca para borrar evidencia alguna y me invita subir a su auto, donde una mujer negra como la noche y dulce como un chocolate aguardaba sin prisa alguna.

Guardo mi libro en la mochila y me siento al medio del asiento de atrás, frente a frente al reflejo de sus ojos que miran tiernamente por el espejo retrovisor. Tomo aire del que quedaba poco por la humedad y pregunto: bueno, ustedes específicamente qué hacen en la Fundación.

La mujer-noche se ríe, se da vuelta y me dice que él es el hermano del Gabo y director de la Fundación que, precisamente, Gabo preside.

En ese minuto quise ser devorado por la tierra cartagenera.

### ***Morir en el Amazonas con un real***

Esperábamos, a mediados del mes de marzo, embarcar en el vuelo que nos transportaría desde Salvador de Bahía a Santiago. Serían cinco horas aproximadamente, sin escalas, en un moderno Airbus A320 que no estaba nada de completo.

La ruta la conocía bien porque hacía algo de un año que yo la había hecho, pero solo. Esta vez viajaba con mi pareja, Pablo.

Nos subimos al avión y en diagonal a mi se sienta una señora y su hijita. La niña empezó, ni bien entró al avión, a llorar a gritos, casi como si entendiera que se acababan las vacaciones y que debía volver al jardín, donde seguro alguna otra

niñita le tiraba el pelo o donde comía comida que quizás detestaba.

Como estoy acostumbrado a viajar con gente que no soporta las turbulencias ni las guaguas llorar, inmediatamente me di vuelta y empecé a jugar con ella. Los llantos habían pasado y podía sentir el agradecimiento de los pasajeros que me miraban tiernamente. Ni bien me daba vuelta y ella volvía a llorar... así que pasé el despegue dado vuelta y haciendo morisquetas.

Al parecer la presión adormeció a la niña y yo me pude relajar. El vuelo alcanzó la altitud crucero y las señales de abrochar los cinturones se había apagado cuando yo dejo de sentir el lado izquierdo inferior de mi labio... no me preocupé demasiado... a esa altura Pablo reía a todo pulmón con los audífonos puestos mientras veía unas caricaturas... cuando miro hacia adelante todo el lado izquierdo de mi boca había perdido la sensibilidad... en ese momento empiezo a pensar casi asustado que la muela del juicio me estaba molestando... pero lo raro era que me la habían sacado y sólo quedaba la de arriba, que había salido con total normalidad y había sido inspeccionada anteriormente... cierro los ojos y lo peor llegó... se me había dormido el lado izquierdo de la boca y el orificio izquierdo de la nariz... miré a Pablo que seguía riendo sin parar, al igual que la mayoría de los pasajeros del avión; me levanté sin anunciar a dónde iba y me dirigí a la parte delantera, donde la jefa de cabina, diez años menor que yo se encontraba arreglando el carro de las comidas... Pasé por su lado y entré al baño, no quería hacer alboroto.

Saqué un pañuelo desechable e intenté sonarme... una mucosa horrible salió sólo de mi orificio izquierdo, el mismo que estaba paralizado... pensé: se me está saliendo la masa encefálica, tengo un ataque cerebral y estoy muriendo.

Salí pálido y al borde del desmayo de aquel diminuto baño. Sin sensibilidad en el lado izquierdo de mi cara me acerco a la jefa de cabina que tarareaba feliz una melodía brasileña después de una semana de descanso en aquel maravilloso país... Pálido y paralizado me acerco y le cuento mi situación. Ahora la paralizada era ella. "Tenemos que informarle al capitán, quizás tengamos que parar en alguna ciudad", me dice con cara de cualquier cosa.

Inmediatamente miré hacia abajo por una ventanilla y vi el Amazonas, sus afluentes, la selva y juraría haber visto a algún mono o loro golpear la puerta del avión casi de burla para entrar.

La azafata, asustadísima, agarra el micrófono y me dice: "Debemos buscar un médico abordo; debo preguntarle a los pasajeros si hay algún doctor aquí adentro". Ella, ya descompuesta, estaba confundida: que malo era de estropearle su vuelo, que malo de venirme un ataque cerebral en ese minuto, ¿cómo iba morir en medio del Amazonas cuando sólo tenía un real que me había sobrado del viaje? ¡No tenía ni un peso para quedarme solo en ese río infinito!... no podíamos bajar el avión.

Le pedí que no hablara por micrófono, porque mi novio se encontraba en el avión y podía asustarse. Me acerqué a él, noté la rabia que le había ocasionado el hecho de que lo había interrumpido en su risa, se sacó los audífonos y le conté lo que sucedía. Entró en pánico.

A esas alturas y en la mitad de la nada la jefa de cabina, Pablo y el capitán estaban enterados de lo que me ocurría... en cualquier momento me moría de un infarto y yo expendía mi masa encefálica por la nariz, mientras no sentía nada...

El capitán me propuso llamar por radio a Santiago y pedir ayuda médica antes de interrumpir el vuelo y aterrizar en cualquier parte para que me hospitalizaran. En ese momento Pablo se puso blanco y vi que se iba a desmayar en cualquier segundo.

Le propuse que me recostaría un rato y eso hice mientras él me tapaba y las azafatas que pasaban por mi lado se persignaban casi dándome la extremaunción... Cerré mis ojos y rogué para que llegáramos rápido a Santiago... momentos después los abrí tras una pequeña siesta y ya había vuelto a la normalidad.

Con vergüenza aguanté las siguientes tres horas de viaje mientras el capitán mandaba a preguntar por mí y yo lo único que quería era almorzar...

Llegamos a Santiago y mi supuesto ataque –del que nunca tuve diagnóstico- había quedado como una anécdota más de un vuelo, uno más.

### ***Cartagena en el corazón o la peor noche en el mejor hotel (2ª parte)***

Decir que el hotel donde nos debíamos hospedar en Cartagena de Indias -mi madre (quien llegaba al día siguiente) y yo- era majestuoso, lujoso y hermoso, es poco. El Hotel Sofitel Santa Clara me recibía aquella noche con todo su esplendor. Un patio interior adornaba, con pavos reales y otras especies cuyo nombre no recuerdo, parte importante aquel majestuoso lugar ubicado en la puerta atlántica de un complejo país.

Hice el ingreso, me acompañaron a mi cuarto donde deposité mis maletas, me desearon feliz estadía y me preguntaron si conocía la historia del hotel. Todo estaba magnífico hasta ese instante, la verdad es que si me hubiesen advertido de lo que se trataba yo no hubiese escuchado y me hubiese tapado los oídos y tal vez hubiese emitido un ruido para asegurarme de no estar escuchando.

Casi bailando, por el acento único que tienen los colombianos, me dicen: “bueno, este hotel antes de ser hotel fue un convento de monjas y luego se transformó en

un hospital; si escucha ruidos son las almas de los muertos en estas paredes que nos visitan, pero no se asuste que no hacen nada...”.

Señoras y señores soy cobarde y a mucha honra, pero estar solo en esa habitación fue lo peor que me pudo pasar en mi vida... ni las luces encendidas del baño ni la televisión colombiana me salvó del miedo que sentí esa noche..., porque haber estado al borde de un infarto es poco... ya veía que una enfermera de la guerra me venía a jalar las piernas o un herido de bala lloraba en mi oído...

Esa fue mi primera y última noche solo, porque al día siguiente, en la madrugada, casi cuando ya me tranquilizaba porque veía los primeros rayos de sol aparecer, junto a ellos mi madre entraba a la habitación y me protegería de algún espíritu cartagenero....

### ***La revista porno y el último llamado de embarque***

El vuelo British Airways llegaba con retraso una noche de invierno del mes de febrero desde el aeropuerto internacional de Manchester al aeropuerto de Berlín Tegel, en la capital alemana.

El Canadian Regional Jet de bandera inglesa, con capacidad para sólo cincuenta pasajeros, aterrizaba con dos horas de demora producto de la intensa nevazón

que había azotado Berlín sólo unos minutos antes de nuestro aterrizaje.

Diez días en la capital alemana y de vuelta al aeropuerto Tegel para emprender rumbo a Atenas, Grecia. Una chilena amiga de la familia que me hospedaba me fue a despedir para tomar el vuelo Olympic Airways, una de las últimas aerolíneas del mundo que prohibió a sus pasajeros fumar abordo de sus aviones.

De aquella muchacha, y tras siete años de ese momento en aquel aeropuerto, sólo me puedo acordar de su rostro y de su (a la fuerza) rojizo pelo y de aquel minuto en la cafetería del aeropuerto mientras un piloto de Austrian Airlines descongelaba su parabrisas para despegar aquella fría mañana de invierno europeo, al mismo tiempo que aterrizaba un Boeing 737 -300 de KLM proveniente de Ámsterdam.

Tras la fría despedida, y mientras los ojos de aquella falsa pelirroja continuaban observándome, logré divisar un gran kiosco de revistas. Al ingresar a aquel lugar y al percatarme que la pelirroja ya no estaba, decidí revisar la variedad de revistas que ofrecía ese espacio cosmopolita, encontrándome, para mi sorpresa, con una vasta variedad de revistas gay y a las que yo nunca en mi vida había podido tener acceso, hasta ese momento.

Como si mis manos fuesen a arder al tocar un ejemplar de una de las revistas, un cuerpo casi desnudo de un macho bien alegre incentivaba a la lectura o a revisar

las fotografías de aquellos guapos hombres que no hacían más que calentar(me) en aquella fría mañana berlinesa.

Mi pudor y delirio de persecución me impidió seguir más allá con mi hazaña veinteañera. Revisé mi tarjeta de embarque y corroboré mi puerta en los monitores de aquel aeropuerto. Me dirigí a ella, embarqué y despegué dejando atrás aquel oasis en medio del desierto de papel que despertaba algo en mí, que hasta ese minuto no había explorado: mi (homo)sexualidad.

Otros diez días en Grecia y de vuelta a Berlín. Una vez más, y ahora por segunda vez, aterrizaba en el aeropuerto de Tegel: ya no provenía de Manchester, sino que de Atenas. Envuelto en lágrimas caí en los brazos de Norita, quien sorprendida intentó calmarme, al mismo tiempo que yo le decía lo especial que había sido estar en la capital griega y dejando entrever lo que me había sucedido: un flechazo con Antoni, el primer hombre, después del cantante quinceañero Pablito Ruiz, por el que me había enamorado sin saber lo que esa palabra significaba, y que no descubro hasta ahora.

Atrás quedaba el kiosco sin que me acordara de él hasta que habíamos llegado a casa. Subí corriendo las escaleras, me encerré con un equipo y puse a todo volumen un CD de música griega. Abracé una almohada y lloré por horas pensando en él. A mis veinte años había conocido el amor, pero el muchacho de la portada todavía no había sido borrado de mi cabeza.

Dos noches en Berlín y de vuelta al aeropuerto. Esta vez tomaría un vuelo Air France entre la capital alemana y la capital francesa, para arribar a París al atardecer de aquel mes de febrero.

Norita me dejó frente a los mesones de la compañía francesa. Un apagón de luz impedía hacer el *check in* a través de los ordenadores, por lo que el procedimiento debió ser manual. Norita no aguantó la espera y, para mi suerte, me abandonó en aquel gran aeropuerto, donde junto a mi maleta, cargaba las enormes ganas de volver a entrar a ese kiosco, a ese paraíso sodomita y tomar aire, llenarme de coraje e invertir así, por primera vez, en una revista gay.

No me importó el asiento. Es más, pedí el último porque sabía que mis ganas iban a hacer que leyera esa revista arriba del avión y como no quería que nadie me viera, pues elegí el que nadie elige: el último asiento de aquel avión.

Temblando y agradecido de aquellos bototos que pesaban diez kilos en cada pie y que me mantenían estable, entré al kiosco. Me dirigí directamente al sector de las revistas. Me di vueltas para evitar que si alguien me observaba, supiera de mi cometido. Me paré frente a aquel sonriente muchacho, el mismo que me mostró su cuerpo desnudo antes de tomar el avión a Grecia, doce días antes.

Estiré mis brazos. Le sonreí con complicidad a aquel hombre, a mi primer hombre y apreté la revista con mis manos, como si estuviese abrazándolo con pasión, tal como si él y yo nos hubiésemos enamorado a primera vista. Me costó entregarlo a la cajera para que viera el precio, pero al hacerlo me pidió mi tarjeta de embarque para corroborar mis datos, sus ojos se exaltaron, pero no por mi nuevo amante,

sino que porque mi vuelo despegaría en cuestión de minutos y a mí me quedaba el control de seguridad de aquel aeropuerto.

Corrí hacia seguridad mientras escuchaba mi nombre por los parlantes pidiéndome que me dirigiera a la puerta de embarque urgentemente o de lo contrario mis maletas serían desembarcadas por seguridad y yo perdería el vuelo por calentón.

Llegué a seguridad y me pidieron depositar, como de costumbre, todos mis objetos en una caja de plástico mientras ella pasaba por rayos y yo por el control de metales. Mis bototos, el cinturón, monedas y mi billetera sonaron insistentemente, mientras mi novio, desnudo en la portada de aquella revista y protegida en la caja plástica, me aguardaba al otro lado del control de seguridad: él no había sonado porque estaba desnudo, obvio.

Casi tres veces tuve que pasar por el detector de metales, cuando levanto la cabeza y veo cómo tres oficiales de seguridad del aeropuerto de Berlín Tegel abrían mi revista y la observaban con alegría.

En un instante figuraba pidiéndole explicaciones en inglés a los policías. Mi rostro hervía de vergüenza, creía que hasta me podrían llevar preso por llevar conmigo esa revista. Yo no escuchaba a nadie más que a mi consciencia que se burlaba de la situación porque sabía que nunca debí haberlo hecho.

Entre los llamados que hacía Air France para que embarcara y mi vergüenza, uno de los policías me dijo que no me preocupara, que ellos sólo la estaban viendo

porque es importada de Inglaterra y porque no es una de las más baratas. Pero que no me preocupara, que ellos la estaban viendo porque también las leían, sólo que no las podían comprar por el precio.

Tomé a mi nuevo novio desnudo y les sonreí a los policías diciéndoles adiós. Me subí al avión, me senté al lado de la ventanilla y durante las casi dos horas que duró el vuelo, no hice más que fantasear estar en Europa enamorado de una revista.

### ***El correo a diez mil metros de altura***

El vuelo aterrizaba con una hora de retraso en el aeropuerto Charles de Gaulle de París. Corría una tarde de invierno del mes de febrero y yo estaba sentado en la última fila de aquel Airbus A320 de Air France que cubría la ruta entre Berlín y la capital francesa.

Desde la ventanilla pude ver cómo el cielo se tornaba rojizo y cómo estaban claramente marcadas las rutas aéreas por una estela de vapor entrelazada en aquel cielo europeo.

No me importaba estar en la última fila. No me importaba haber sido el último en embarcar, ni mucho menos el último en desembarcar de aquel breve vuelo de no más de dos horas.

Mientras servían la comida, un tripulante no dejaba de mirarme. Quizás mi aspecto sudaca con mi pelo negro le llamaban la atención a aquel *franchute* de primera. Lo cierto es que cada vez que pasaba junto a mí, su mirada me succionaba la vergüenza que me daba que me mirara con esos ojos.

El vuelo aterrizó y mis ganas por dejarle mi correo electrónico hicieron que lo anotara en un papel antes de que el avión tocara tierra. Fui el último en desembarcar. A medida que avanzaba, pude notar que alguien me seguía, me di vuelta y era él, aquel hermoso francés que me había mirado todo el vuelo me seguía. Me di media vuelta y no hice más que desempuñar el papel con mi correo y decirle en inglés que me podía escribir cuando quisiera.

Rojo de vergüenza pude ver la salida del avión y en un dos por tres estaba en la manga rumbo a la Terminal.

Aquel hermoso aeromozo nunca me escribió y yo siempre esperé ansioso saber cómo se llamaba.

### ***Trip love***

Nos habíamos visto en la fila de policía internacional. No, más bien fui yo quien lo vio cuando llegó con el resto de la tripulación a la puerta 12 del aeropuerto de Santiago, pero él no me vio.

Me habían asignado el asiento 35C en la salida de emergencia para que me fuera más cómodo, tenía conocidos en la línea aérea, pero vi que en la fila 39 habían tres asientos libres y me cambié para tumbarme en ellos y así dormir. El cambio de asiento significó que mi fila fue atendida por él. Nos miramos todo el vuelo y nos sonreímos en ciertas oportunidades. El comandante anunció que prontamente aterrizaríamos en París y me levante de mi asiento para despedirme y así agradecerle su amabilidad.

Él me dio su mail y yo el le di el mío. Nos sonreímos y una semana después nos juntamos a almorzar en su apartamento en el centro de París.

Tenía dos tatuajes, uno en el pie izquierdo y otro en la ingle. Se llamaba Gabriel.

# CAPÍTULO II

## CRÓNICAS DEL MEDIO ORIENTE



## ***El último verano en Beirut***

Fue el miedo a olvidar lo que hizo que tuviera que esperar más de quince meses desde que retorné de Medio Oriente para poder empezar a escribir. Me habían ofrecido hacerlo para periódicos chilenos desde el único computador al que tenía acceso mientras Beirut era destruido, una máquina ubicada detrás del mostrador de la recepción del Betlahem Hotel, donde me hospedé por cinco noches y donde pasaba horas mirando atónito la televisión árabe, mientras veía las imágenes de la capital del Líbano en llamas a través de Aljazeera TV, o de alguno de los casi diez canales que transmitían noticias ininterrumpidas aquel último verano en Medio Oriente.

Cada vez que creía poder escribir, me dirigía a la recepción del hotel y pedía el computador. Para hacerlo, debía correr a los niños palestinos, que felices jugaban videojuegos de guerras, mientras afuera ocurría una de verdad. Me sentaba frente a la pantalla y dejaba caer mis dedos sobre el teclado, al mismo tiempo que mis manos parecían de piedra, puesto que no podía hilar frase alguna. Desde ese momento me acompaña un sentimiento y es que siempre he pensado en lo fuerte que es mi madre al haberse sentado a escribir frente a ese computador y en ese momento. Nunca se lo he dicho, pero yo no pude hacerlo.

Un amigo de mi hermana Alia había entrado a hacer su práctica en diciembre de 2003 a la gerencia de aeropuerto de Air France en Santiago de Chile. Al enterarme, y siguiendo aquella pasión por los aviones que me ha acompañado

durante toda mi vida, le pedí que me diera una mano para ingresar. Así fue como postulé y a fines de ese mes estaba luciendo el uniforme de la compañía, a la par que hacía malabarismo para seguir con mis estudios de periodismo.

Al poco tiempo de trabajar en el aeropuerto de Santiago noté que mi pasión por los aviones era más bien una obsesión, ya que entré para trabajar sólo por la temporada de verano que es de tres meses, pero me quedé tres años.

Todos los días el vuelo Air France con destino final París despegaba desde el aeropuerto y siempre, en cada despegue, algo de mí se iba en ese avión con capacidad para trescientas personas.

Nunca voy a olvidar aquel día del mes marzo de 2006, cuando entré a la oficina de mi entonces jefa, me senté, nos miramos y le dije que era el momento de cambiar de trabajo. Ella me abrazó y me dejó ir.

Al momento de irme había solicitado dos pasajes para el lugar del mundo que yo quisiera. En ese momento me acordé de mi abuela Alia, de origen sirio, quien nació y se crió en Puerto Natales, lugar donde llegaron sus padres en un barco que los trasladó desde Medio Oriente y en cuya familia, según dice, hay una maldición, ya que su padre, hermano y tío murieron en diferentes condiciones, pero los tres lo hicieron al tener el pasaje a Siria, por lo que mi abuela nunca se ha atrevido a ir por miedo a que sea una maldición que cae sobre la familia.

Cuando me dijeron que los pasajes que me habían dado eran para el lugar del mundo que yo eligiera, no dudé en escoger Medio Oriente e invitar a mi abuela. La llamé excitado un día de marzo, no me aguanté ir a su casa. Al otro lado del teléfono mi abuela temblorosa, algo asustada y muy emocionada me agradecía y aceptaba sin pensarlo. Al poco tiempo cayó en el hospital con una hemorragia estomacal. Desde la cama donde yacía enferma me pidió que me acercara, me preguntó si ya tenía los boletos a Damasco, yo le dije orgulloso que sí e inmediatamente me pidió que los rompiera, que hiciera desaparecer, como fuese, esos pasajes. No dudé, llegué a mi casa corriendo esa tarde, abrí el cofre donde guardo mi pasaporte y saqué el pasaje, y los rompí. Al poco tiempo mi abuela volvía sana a su casa.

Había ido a dejar el auto de mi madre al servicio técnico un día de abril a eso de las nueve de la mañana. Mientras esperaba a que me atendieran tomé el teléfono y la llamé. Ella estaba en la ducha, me advertía la mujer que hace ocho años trabaja en su casa, le pedí que le dijera que se pusiera al teléfono, que era urgente y así lo hice. Siempre he creído haberla visto envuelta en la toalla aquella mañana. Preocupada me preguntó qué pasaba. Le pedí que se calmara y le propuse irnos a Medio Oriente juntos. Mi madre gritó y me dijo inmediatamente que sí, advirtiéndome que no sería un viaje de placer, de turismo, que no iríamos a tirarnos de guata al sol, así me dijo, que iríamos a hacer entrevistas, a reportear el muro, el muro de separación que hasta el día de hoy está siendo construido por Israel para separar familias, historias, terrenos y sueños en Palestina, ese muro

que los está matando lentamente y al que la opinión pública mundial ya no se refiere.

A las pocas horas estaba sentado frente a la encargada de emisión de Air France en las oficinas centrales de Santiago. No recuerdo su nombre, pero sí su rostro fino y frágil, su voz suave y cálida, sus dedos largos y su pelo tieso. No recuerdo mucho de ella, sólo que esa mañana estaba ocupada pero había accedido a atenderme de todas formas. Me preguntaba por mi vida, por lo que estaba haciendo después de haberme ido del aeropuerto. Me preguntaba por mis estudios y yo podía ver que en su pregunta ella quería saber cuándo iba a aparecer en la televisión, cuándo iba a ser famoso. Esa era la única forma que ella tenía para validar a un periodista. Recuerdo claramente haberle contestado con la mirada ¡que nunca!

Se embarcó en un viaje de tecleo incesante. Me recordó que los boletos que me habían dado estaban sujetos a espacio y que eso significaba que nos podían desembarcar en cualquier lugar en el que el o los aviones pararan. Yo le dije que sí, que sabía y que estaba al tanto de las condiciones al igual que mi madre.

Ella me preguntó que dónde queríamos ir, supongo que en ese momento ella pensaba en Hong Kong, Bangkok, Berlín o Londres. Ella seguía apretando las teclas de su computador y su mirada estaba fija en la pantalla. Era abril de 2006, todavía no eran las dos de la tarde y en mi bolsillo tenía un fajo de billetes para pagar las tasas aeroportuarias. Me preguntó que dónde queríamos ir y yo le

respondí que a Beirut. Inmediatamente ella despegó su mirada del ordenador. Recuerdo que sentí que sus largos dedos se hicieron aún más largos, que su pelo tieso se hacía más tieso y que su rostro delgado se contraía aún más. Lo primero que me dijo cuando escuchó esa ciudad fue: pero ¿por qué si ahí hay guerras? Yo sonreí y no le quise explicar mucho. Sólo le dije que había invitado a mi madre porque quería que ella conociera la tierra de sus abuelos, los que por parte de madre eran de origen sirio y palestino por parte de padre.

Ella no lo podía creer y la verdad es que yo tampoco. Había elegido aterrizar en Beirut como punto de entrada a Medio Oriente por una razón táctica y muy simple. Como los boletos eran sujetos a espacio, debíamos llegar al lugar donde la compañía aérea volara con más frecuencias y con aviones más grandes, entre París y Beirut, Damasco, Amman y Tel Aviv, era la capital del Líbano la mejor conectada con la capital francesa con tres vuelos diarios, por lo que aumentaban nuestras probabilidades de ser embarcados con los boletos que teníamos.

Tras contactos con la cancillería chilena, y producto de una invitación que le habían extendido de la Embajada Palestina en Chile para recorrer los territorios ocupados, mi madre había conseguido que la delegación chilena en la región atendiera a la periodista Faride Zerán y a su hijo Sergio Trabubbo, con error incluido, en lo que necesitáramos. Que nos facilitaran los tránsitos por los pasos fronterizos y que nos agendaran entrevistas con intelectuales y políticos.

Por mi parte, me encargué de conseguir las visas gratuitamente. Un plato de comida árabe, compuesta por hojitas de parras, zapallitos rellenos, papas rellenas y repollo relleno, fue lo único que necesité para conquistar al bello Cónsul de Siria en Chile, el que me atendió en su oficina ubicada a un costado de la Plaza Perú y el que me inició en el rito del café árabe con cardamomo.

El día de la partida lo recuerdo como si fuese ayer. Fue el sábado 1 de julio de 2006, mi madre y yo nos embarcamos desde la puerta 14 en el vuelo 417 de Air France con destino final París y previa escala en Buenos Aires. En ese vuelo se embarcaban también mis miedos, mis ansias, mis deseos de que mi madre se reencontrara con sus raíces, con mis raíces.

Desde el asiento 10 F y 10 E, brindábamos a la una de la tarde de aquel sábado con champagne francesa y vasos de cristal, mientras el avión de bandera francesa encumbraba vuelo desde la pista 17 izquierda del aeropuerto Arturo Merino Benítez de Santiago.

El vuelo 417 con casi todas sus plazas ocupadas llegaba a las once de la mañana del domingo 2 de julio de 2006 al aeropuerto Charles de Gaulle de París, cuando el verano hacía de las suyas en ese lado del planeta. Desembarcamos y nos dirigimos al nivel de salidas del Terminal 2F para ver si teníamos suerte y nos embarcaban en el vuelo Middle East Airlines 212 rumbo a Beirut, el que salía sólo dos horas después de nuestro arribo a la capital francesa.

Llegamos corriendo a la puerta de embarque. La supervisora, a quien la delataba su cara de árabe, y quien además había sido quien nos atendió a regañadientes en el mostrador, ahora estaba en la sala de embarque. No tuvimos ni siquiera la posibilidad de preguntar si los asientos estaban juntos, ya que las tarjetas de embarque volaron sobre nuestras cabezas. Ingresamos al avión de bandera libanesa y cuyo logo era un cedro verde en la cola.

Una grabación en árabe les daba la bienvenida a los pasajeros cuando me percaté que a mi lado había tres niños libaneses y su madre, un par de asientos más allá, junto a la mía. Le hice una seña a la señora que miraba de reojo a sus hijos y nos cambiamos. Ahora mi madre y yo estábamos juntos, ella hacia el lado de la ventana y yo hacia el pasillo.

Tras cuatro horas de vuelo, el capitán del avión de bandera libanesa anunciaba el inicio del descenso al aeropuerto Rafic Hariri de Beirut. Mi madre, somnolienta por las casi 24 horas de vuelo, abrió los ojos ante la brusca maniobra de aproximación que había iniciado la aeronave, cuando al asomarse por la ventanilla logra divisar una isla, gira la cabeza y me pregunta, ¿qué es eso? Chipre, le respondo. Escasos minutos más tarde tocábamos tierra en el cabezal de una de las pistas de aterrizaje que más tarde sería bombardeada por aviones israelíes.

## **Beirut**

A la capital del Líbano le decían, hasta antes del 12 de julio de 2006, La Perla de Oriente. Beirut fue sometida a una intensa reconstrucción que finalizó a inicios de 2000. Había que levantar la ciudad devastada durante la Guerra Civil y luego entre 1975 y 1990, presa de la violencia entre facciones cristianas y musulmanas, con intervenciones de Siria e Israel.

Nos esperaba en Policía Internacional del Aeropuerto Rafic Hariri el cónsul de Chile en Líbano, Roberto Abueid. Era primera vez que se veía con mi madre, a la que en pocos minutos empezó a llamar, gracias a la descendencia árabe de ambos, *brima*, ante lo cual, la *brima* empezó a llamar al cónsul *brimo* y yo era bautizado como el sobrino.

La Copa Mundial de Fútbol 2006, que se jugaba en Alemania, estaba siendo seguida por el mundo entero, incluidos los habitantes y turistas que abarrotaban las calles y los restaurantes del *centre ville* de la capital libanesa. El 1 de julio, mientras volábamos rumbo a Medio Oriente, Inglaterra empataba a cero con Portugal, mientras que Francia vencía uno a cero a Brasil, por lo que aún quedaba la estela de las celebraciones del día anterior en la capital libanesa.

Todavía no eran las nueve de la noche del domingo 2 de julio de 2006 y el sol mantenía un tímido destello, en un intento por resistir su lenta puesta en el Mar Mediterráneo, mientras que a nosotros nos paseaban por las avenidas playeras de

Beirut, en medio de congestiones vehiculares, hombres árabes con torsos desnudos, mujeres en bikini y bocinazos acompañados de banderas de los distintos países que jugaban en ese minuto en la Copa Mundial y que eran agitadas por libaneses que jugaban a ser europeos, que más bien querían ser europeos, ya que en ese minuto todos eran franceses, italianos, alemanes, españoles, ingleses y portugueses, pero nadie era árabe.

En el Grand Hotel Versailles, que había reservado vía correo electrónico previo regateo que duró semanas, fuimos guiados hasta el piso octavo. El botones nos hizo elegir entre dos habitaciones, advirtiéndonos que si bien la primera no tenía vista a la calle, era mucho más silenciosa que la segunda, la que daba justo al frontis una mezquita. No dudamos y al mismo tiempo elegimos la segunda, la que tenía vista a una mezquita que, al igual que todas, de noche se iluminaba de verde, vistiendo del color del Islam a la capital libanesa.

Sentía que la similitud física con mi madre no era suficiente a la hora de intentar que los árabes me identificaran como uno de ellos. Es por eso que decidí hacer algo que me acompañó no sólo durante todo ese viaje, sino que también en los viajes posteriores a los países árabes, como en Marruecos en agosto de 2007, un año después de haber estado en Medio Oriente. Decidí dejar de llamarme por mi primer nombre y por mi primer apellido, y le di paso a mi segundo nombre, el que significa generoso, y a mi segundo apellido, palestino de las montañas drusas de Horfech. Ahora era Karim Zerhán, una segunda identidad, o más bien complicidad, que en secreto preferí adoptar para toda la vida.

¿Eres musulmán o cristiano Karim? ¿Sabes el significado de tu nombre? ¿Cuántas mujeres tienes?, me preguntaban insistentemente los árabes choferes de los *service*, taxis que hacían de colectivos dependiendo de la dirección en la que el pasajero iba, o los meseros, quienes tenían una similitud impresionante con mi abuelo, tíos y primos.

Beirut se parecía a París. Era multicultural, con una entretenida vida nocturna de bares y restaurantes de lujo y su aeropuerto, al igual que en veranos anteriores, recibía aquel último verano a centenares de aviones provenientes de todo el mundo, especialmente de países árabes, como esos dos aviones de la Saudi Arabian Airlines que descansaban aquel 2 de julio en algún lugar remoto del aeropuerto de la capital libanesa para luego emprender su vuelta a Ryad, para que sus turistas disfrutaran de las bondades de una ciudad que algún día fue espectacular.

A mi madre la miraban con odio cada vez que se descubría los hombros y en las calles las mujeres la pasaban a llevar a propósito como un gesto de protesta.

### ***El puente Allenby y el chofer palestino***

Desde la terraza de la residencia del embajador Luis Palma se podía ver flamear una desproporcionada bandera jordana. Los halagos, las sonrisas, los saludos y

los análisis políticos tenían que ser más rápidos y menos espontáneos de lo normal, ya que teníamos instrucciones de almorzar en pocos minutos, debido a que la frontera con Israel la cerraban a las 17:00 hrs.

Me invadía un sentimiento de nostalgia al recorrer la residencia del embajador. Desolado, frío, sin muebles y tristemente resguardado, aquel lugar había despedido hacía poco a su último misionero, mientras que su actual inquilino, resignado, argumentaba que los muebles venían en el barco y que su señora llegaría a poner orden en pocas semanas.

Había un ambiente de nerviosismo en aquel lugar. La Guerra había estallado hacía sólo siete días y la ola de evacuados empezada a reflejarse en las calles de Amman y en los hoteles, que empezaron rápidamente a atiborrarse de reservas.

El Volvo último modelo, que llevaba una bandera de Chile en su punta derecha, empezaba a embarcar a sus pasajeros en un ambiente de evidente tensión. Arriba del auto oficial iba el conductor, el cónsul José Antonio Caviedo, mi madre y yo.

El calor no se soportaba y en el aire se respiraba cada vez más nerviosismo, mientras que el chofer, un hombre alto, apuesto, de tez oscura y mirada penetrante, trataba de acelerar, capeando el tráfico vehicular que paralizaba a la capital de Jordania en medio de Mercedes Benz antiguos con placas libanesas y sirias y familias refugiadas en su propio asombro, devastadas, buscando asilo quizás dónde, en medio del ruido de aviones de combate que sobrevolaban las

tierras de la princesa Alia, una de las esposas del rey de Jordania que había muerto hacía años.

En una de las vueltas a bordo de aquel vehículo de diplomáticos, pasamos frente al hotel donde nos habíamos hospedado. Pude despedirme de los pilares que detenían el paso de vehículos y que habían sido colocados como medida de precaución un par de años atrás, y mientras se celebraba un matrimonio ingresó una mujer suicida con explosivos bajo su túnica. La mujer desistió de su ataque al ver que en aquel matrimonio había un centenar de niños. En otros hoteles de Amman no corrieron la misma suerte.

Todo era confuso en la frontera entre Jordania e Israel. Una vez en la sala de espera mientras otros hacían los papeleos por nosotros y todavía sin poder reponerme de lo mareado que me encontraba tras el viaje, el que contempló un sinfín de curvas y velocidades que preferí no retener al mirar de reojo el tacómetro del Volvo, sentí estar en el Club Palestino de Santiago, lugar que visité cuando pequeño en reiteradas ocasiones.

Aquella sala de espera para pasajeros “importantes” era como estar en aquel Club. Mujeres y hombres sentados tomando té con menta, algunos fumaban arguile, la pipa árabe, y mozos toscos con bigotes gruesos y negros se paseaban ofreciendo bebestibles.

Al poco rato volvimos al auto y emprendimos viaje a la segunda etapa: cruzar el puente Allenby que separa la frontera entre Jordania e Israel.

El calor aumentaba al mismo tiempo que el Cónsul de Chile en Jordania lucía cada vez más preocupado. Casi no hablábamos y el aire acondicionado nos cortaba la respiración con un aire helado y penetrante, cuando al poco andar vemos una reja y una caseta de vigilancia. Nos piden que nos detengamos y el policía que se encontraba ahí parecía dar instrucciones por el tono con el que hablaba. Yo sólo trataba de poner rostro de turista al mismo tiempo que agradecía las ráfagas de aire caliente que entraban por la ventana del chofer que hablaba con el policía.

Tras una breve conversación, el policía se subió al vehículo y nos acompañó hasta otra oficina. Una vez más nos encontrábamos tomando té con menta en una salón de inmigraciones, con sillones, alfombras y almohadas con motivo árabe. Esta vez éramos sólo mi madre y yo, mientras un desfile de policías de distintas jerarquías, por sus uniformes, se asomaba curioso por la puerta de aquel salón disimulando una sonrisa.

Una pequeña televisión transmitía las noticias de algún canal árabe que ininterrumpidamente trataba el tema de la guerra en Líbano y de cómo las tropas israelíes dejaban incomunicada a la entonces Perla de Oriente por cielo, mar y tierra.

Otra vez dentro del vehículo y esta vez el puente frente a nosotros. A poco andar nos vuelven a detener, justo cuando nos disponíamos a cruzar. Ahora era un policía israelí el que nos paraba, solicitando que el policía jordano y el cónsul de Chile descendieran del vehículo mientras mi madre y yo cruzábamos con el chofer. Nunca voy a olvidar el rostro de resignación del cónsul, quien fue obligado a descender del vehículo y esperar a más de cuarenta y cinco grados de calor, según indicaba el termómetro del auto, mientras nosotros cruzábamos.

Cuando emprendimos marcha me di vuelta en el asiento trasero y pude ver, a través del vidrio posterior del vehículo, al cónsul sacándose la corbata y secándose la transpiración con un pañuelo. Al darme vuelta vi los ojos morenos del conductor. Esta vez su mirada penetrante era reemplazada por ojos de pena que desprendían unas silenciosas lágrimas.

Le pregunté, en inglés, qué pasaba. Él me dijo que nada, pero yo insistí. Lo que le dije tampoco se me olvidará jamás. “Si los israelíes te ven llorando van a pensar que algo pasa, quiero saber qué ocurre”, le dije en seco mientras mi madre me miraba sin entender qué pasaba.

“Yo nací en Palestina, yo nací en estos territorios que hoy están ocupados. Esta es mi tierra y no he podido volver a ella desde que me fui. Esta es la primera vez que vuelvo después de más de treinta años. Te ruego que me traigas una rama de olivo y un puñado de tierra. No importa de donde la saques, sólo tráemela”, me suplicó el chofer.

Le pedí que se controlara y que abriera la ventana para que pudiera respirar. Tuve que contener mis lágrimas y ser fuerte, ya que sabía que lo que venía iban a ser momentos de mucha tensión.

Se secó las lágrimas al mismo tiempo que aparcábamos en la Terminal de llegadas de Allenby. Dos cosas me llamaron la atención: lo jóvenes que eran los soldados israelíes, quienes no superaban los veinte años, y lo fuertemente armados que estaban. Eran ametralladoras y su dedo índice estaba en el gatillo.

*"I'm so glad to be here"*, dije nervioso al más viejo de los soldados, quien tenía cerca de 35 años y parecía ser el jefe. El calor era insoportable y mi nerviosismo casi incontrolable. Al darme vuelta y ver que mi madre estaba con las maletas expuesta a todo el sol, le pedí al mismo soldado que había recibido mi hipócrita y sobreactuado comentario si mi madre podía esperar en la sombra.

Él me dijo que sí y me preguntó de qué nacionalidad era mi madre, ya que parecía de Brasil. Ese comentario fue aún más hipócrita y sobreactuado que el mío, sin embargo yo le respondí que en Chile todos eran igual de parecidos que mi madre, ya que los rasgos brasileños en la región sur de América eran muy fuertes. Si hablamos de quién era más hipócrita hasta ese minuto ganaba yo.

Un poco más tranquilo y un tanto sorprendido por lo que yo creía era mi astucia, noté que jóvenes soldados se acercaban a mí, por lo que yo nunca dejé de sonreír

y de decir lo feliz que estaba en Israel, frase que hasta el día de hoy me arrepiento de haber dicho.

En medio de mi farsa uno de los soldados se me acercó. Me llamó la atención lo alto y gordo que era, pero aún más me llamó la atención el hecho de que éste fuese gay. Conversamos un rato y yo le pedí datos para ir de fiesta en Tel Aviv, datos que me dio sin titubear, pero que a mí nunca me interesó retener.

Estábamos conversando cuando nos interrumpió el mismo tipo al que yo le había pedido permiso para que mi madre esperara en la sombra y con un tono de sospecha me pregunta: “bueno, cuéntame qué hace tu madre en Chile”. Yo tenía claro que podía decirle cualquier cosa, hasta que era domadora de leones, pero nunca su profesión real.

Bueno, le dije, es profesora. Y de qué, me preguntó. De historia, le dije. No, dime de qué es profesora tu madre. De historia de la comunicación, le dije más nervioso. Me sonrió y sacó de un bolsillo sobre su pecho un papel con un membrete de Chile y la firma de la Embajadora de Chile en Israel. No, tu madre es periodista y los estábamos esperando, acompáñenme, me dijo volteándose.

Cuando me di vuelta para seguirlo, y tras decirle a mi madre que debíamos ir con él, me percaté que el grupo de soldados jóvenes con los que había hablado minutos antes me estaban sonriendo con complicidad. Esa sensación me

acompañó durante el viaje y luego me di cuenta de que en ese momento, y al ver esas miradas, pude cobrar fuerzas para lo que venía.

El trámite duró media hora, algo así como seis hora y media menos que lo que acostumbra a tardar. Teníamos instrucciones que nos estaría esperando el representante de Chile ante la OLP, el embajador Hernán Tassara, sin embargo no veíamos ningún letrero con nuestros nombres al otro lado de las casetas de inmigraciones ni mucho menos a un embajador.

Sabíamos que debíamos solicitar que no nos timbraran el pasaporte, ya que con un timbre de Israel no podíamos entrar de vuelta a Líbano a tomar nuestro vuelo, pero preferimos no pedir nada y cambiar el pasaje para salir por Egipto y así terminar rápido el trámite. Una vez en territorio israelí, fuimos conducidos hasta donde estaba el embajador. Verlo sentado junto a su chofer, ahogado por el intenso calor y sudando por los más de cuarenta grados, fue algo muy fuerte, especialmente por tratarse de un hombre de más de 70 años y al final de su carrera diplomática.

Nos presentamos, nos subimos a su auto y nos dirigimos a Belén.

## ***Palestina***

Es impactante ver el muro que divide Palestina del mundo. Esos cientos de kilómetros de muro es algo que jamás había visto y que muchos quieren tapar llamándolo valla de separación. Los palestinos no pueden atravesar ni circular libremente y cuando quieren salir deben pedir permiso a la autoridad israelí con al menos dos meses de anticipación, permiso que casi nunca se los otorgan.

Un día, en Belén, esperaba a mi madre, quien había ingresado a una peluquería, cuando llegaron seis mujeres musulmanas. Una de ellas, la última en ingresar, me habló en inglés y me contó por lo que había pasado, argumentando que yo tenía la libertad de cruzar libremente el muro y con eso la obligación de dar a conocer las atrocidades que ahí se cometían.

No tenía más de veinte años, había vivido toda su vida en calidad de refugiada y me explicó que una de las formas que los judíos tienen para atacar a los palestinos es no sólo con armas, sino que especialmente denigrando algo tanpreciado como es el orgullo.

No recuerdo su nombre, pero sí que había ido a la peluquería porque una de sus primas se casaría pronto y necesitaba que le arreglaran el pelo. Nos pusimos a conversar ante la mirada atónita de las otras cinco mujeres que la acompañaban. Todas tenían un velo en su cabeza y ninguna me miraba a los ojos, así como yo tampoco a los de ellas.

Me contó que toda su vida había vivido en un campamento construido por los israelíes y en casas cuyas paredes eran de un material muy delgado, esto porque cuando los allanaban cruzaban de una casa a otra rompiendo las frágiles murallas, atando a los hombres y golpeándolos frente a toda la familia.

Fue ahí cuando me di cuenta de que la verdadera resistencia la tienen los musulmanes, ya que los cristianos están deprimidos y sólo quieren salir de ahí. Es terrible saber que esa niña que quiere estudiar, sólo puede ir a la universidad si los encargados del *check point* la dejan, porque hay días en que se cierra el paso y nadie puede cruzar.

Entre las ruinas, los sabores, las fiestas, las pirámides y todo lo que vi en Medio Oriente, me quedo con el recuerdo de los arguiles que fumé con los palestinos y las ganas que tengo de volver a pisar esas tierras. De poder ayudar a que la opinión pública internacional haga algo por ellos, por ese pueblo al que no se le respetan sus derechos y donde los acuerdos de las Naciones Unidas se los lleva el viento. Pienso en los diez mil presos palestinos, en su mayoría mujeres y niños que están encarcelados y que sus vidas parecen no valer más que las de dos judíos, cuando se supone que todos somos iguales.

Sólo espero que los pocos judíos que no piensan que todos los palestinos son terroristas y que los pocos palestinos que no odian a los judíos puedan hacer algo, algo como vivir en paz.

# CAPÍTULO III

## CRÓNICAS DE

### “BELLEZA PODRIDA”



## **Se llamaba Ernesto**

Había ido a dejar al Pablo, el pololo del Horacio que vive en la calle Merced, frente a la iglesia roja. Habíamos ido a comer a los chinos, cerca de la casa del Pablo, y aunque no como ese tipo de comida, igual me comí unos arrollados primavera con harta salsa tamarindo. Los había ido a ver porque estaba ultra *angustiao* y quería estar con alguien. Ellos fumaron pito mientras yo veía las revistas de moda que tiene Pablo, porque el loco es modisto, hace ropa ultra *bacán*, pero mientras los papás no hagan guaguas ultra *bacanes* que se pongan la ropa que hace el Pablo no sé qué va a pasar.

Ellos fumaron los pitos que les había dado la Yoya. Se rieron. Yo no fumé porque me *ahueono* súper rápido. Hace rato que no fumo pito; la última vez que lo hice fue cuando tiré con un *hueón*; fue *bacán*, hasta me felicitó porque duré *caleta* y me tuvo que pedir que me fuera *cortao*.

Había ido a dejar al Pablo en mi auto rojo que está que deja de andar, pero a mí me da igual porque es fiel el cacharrito ese. Estaba manejando por Merced y cuando me toca roja en la esquina con De la Barra me di cuenta de que un *hueón* estaba sentado en el paradero como si estuviera esperando micro. Me miró. Yo me corté, pero lo miré de vuelta porque estaba rico. Abrió un poco la boca como fingiendo estar excitado y me miró aún más. Yo me hice como el que está cambiando la radio, pero no atiné que ya me había pasado como dos verdes y de vuelta el semáforo estaba en rojo.

El *hueón* estaba sentado en el paradero como si estuviera esperando la micro. Pero era raro que estuviera a esa hora esperando micro, porque ya no pasan tan tarde. Eran como las doce y era mitad de semana. Hacía caleta de frío. El *hueón* se acercó al auto y yo bajé el vidrio. Le dije que lo llevaba, que para dónde iba porque a esa hora no pasaban micros. Él me sonrió. Su sonrisa era bonita y a mí me gustó eso, además que sus ojos eran tiernos, me daban ganas de abrazarlo. No me importaba que no lo conociera, sentía que necesitaba abrazarlo y no era la primera vez que me pasaba con un tipo que no conocía.

Le dije que se subiera al auto, que lo llevaba porque afuera hacía frío. Levanté el pestillo del seguro y el cierre centralizado cedió y pudo abrir la puerta. Igual yo no soy *hueón*, tengo la cara y a veces me hago, pero yo *cachaba* que el loco no estaba esperando micro. Cuando estuve realmente seguro de eso fue cuando entró al auto y una ráfaga de perfume turbio me golpeó de pronto. Me había dado náuseas oler ese "aroma", pero era porque sentía un olor nuevo que se iba a quedar guardado en mi cerebro y que si lo volvía a oler me iba acordar de ese momento y de ese desconocido. Me dieron náuseas saber que iba a asociar a ese tipo con ese olor que me persigue hasta ahora.

Se subió al auto y lo primero que hizo fue ponerse el cinturón. Yo no lo llevaba puesto, porque a veces me hago el *bacán* y no me lo pongo. Pero él sí se lo puso. Me dijo que era *bacán* que yo no usara gel porque no le gustaban los *hueones* que lo usaban y me preguntó si fumaba cigarrillo y le dije que no, que antes fumaba pito pero que ya no fumaba ni una *weá* y *caché* que le gustó eso, porque después me dijo que no le gustaba el olor al humo. Nos miramos y sentí algo en mi guata.

Una cosa que no sé qué es, como un nervio raro, pero que me gustó. Me preguntó a dónde quería que fuéramos y yo le dije que no sabía. El auto, que ya había estado parado en esa esquina por mucho rato, estaba cada vez más caliente porque tenía puesta la calefacción. El loco se sacó la chaqueta y dejó al descubierto sus brazos. Eran *bacanes* como él.

Le dije que no sabía para dónde ir. Le dije que yo no era de estos barrios y el loco me dijo que se había dado cuenta a la legua porque no me había visto nunca. Su perfume y eso que me dijo confirmaron mi sospecha de que era un *puto*. Pero me dio lo mismo e incluso mis ganas de estar con él aumentaron.

Le pregunté para dónde quería ir él y me dijo que para el Parque Forestal. Yo le dije que no, porque me daba miedo que aparecieran unos nazis y nos sacaran la *chuchasumadre* y que mejor nos fuéramos a un hotel. Se cagó de la risa. Me preguntó si me refería a un motel con M, recalcó, y yo le dije que jamás me iría a un motel, que me daba asco y miedo porque me podían grabar *pilucho*, aunque no sé por qué ese miedo si no me conoce nadie.

Yo prefiero invitarte a un hotel, le dije. Me acordé cuando llamé al Holiday Inn del Bosque para preguntar, cuando estaba parqueado en la pega, si aceptaban parejas del mismo sexo y la mina del teléfono me había dicho que obvio. Pero ni loco lo invitaba al Holiday, porque estaba corto de monedas en ese momento, así que lo llevé al primer hotel que vi, el Foresta, frente al Santa Lucía y a la vuelta de donde estábamos.

El bar de Don Rodrigo no había cerrado todavía. Pasamos por afuera y le pregunté si quería un *copete*; me dijo que no. Nos dieron la pieza 405 con vista al cerro, como había pedido no sé por qué, porque era de noche y el cerro no se iba a ver, como inteligentemente me dijo él, dejando mi obsesión al descubierto. Llegamos a la pieza y me preguntó qué era ese olor tan raro, yo le dije, lleno de vergüenza, que quizás era el olor a los arrollados chinos, que *sorry*.

Me dijo que *filo*. Nos empiluchamos. Él encendió la tele, estaban dando la cola del Medianoche con el *guachón* del conductor ése; la cambió al toque, no estaba ni ahí con las noticias.

Le pedí que se diera vuelta y que se pusiera en posición fetal. El loco me dijo que por ser pasivo era más caro. Me reí un poco. Se puso como le pedí y lo abracé. *Caché* que se incomodó y me preguntó que qué estaba haciendo. Yo no supe qué responder y lo abracé con más fuerza y le empecé a dar besos en la espalda y nuca y le rasqué la espalda con mi barba insípida. Parecía excitado.

Me preguntó si íbamos a hacerlo y yo lo hice callar. Me gustaba abrazarlo y darle besos por la espalda. "*Putá que erí tierno*", me dijo y se acurrucó en mi pecho *pelúo*. Traté de correrle la cara para darle un pato en la boca y el loco me la corrió. Insistí y volvió a correrme la cara.

No quiero, me dijo, y no *insitíai*, ¿*querí?*?, volvió a decir. Yo no *caché* por qué, y le pregunté que por qué tan mala onda, que si quería le pagaba más por un beso con

lengua, y sus ojos se volvieron raros, como tristes y después de un rato me dijo lo *cliché*: “es que no me quiero enamorar de ti”.

Me entristeció su respuesta, pero a la vez la encontré tierna. Dormimos abrazados esa noche y nos resignamos a hacer el amor sólo a través de abrazos. Me dijo que no me iba a cobrar, pero yo insistí en que sí.

Temprano en la mañana una llamada de la recepción me despertó advirtiéndome que si me quedaba media hora más tenía que pagar una noche adicional. Colgué, me di vuelta y él no estaba. Al lado del teléfono una nota que decía, un beso, Ernesto.

### ***El niño y el sexo***

Me había resignado a abandonar la fiesta de calle Monjitas y acompañar a mi amigo y su *pinche* de turno a la fiesta del teatro Caupolicán. Medio borracho había decidido, de forma inconciente y casi automática, tomarme un café después del vino con el que conversamos la obra de teatro; el ron con el que nos pusimos al día; el vodka con el que nos confundimos entre labiales y senos duros, y el whisky para pasar la pena de ser un *cola* triste más. “Nunca es tarde para emborracharme”, quise creer.

Tomé a sorbos rápidos el café instantáneo que ofrecía sabores brasileños al mismo tiempo que mi amigo y su *pinche* se intentaban acariciar sin que nadie los viera, clandestinos: a goteo caían los besos de machos tristes que se toqueteaban por debajo de la ropa para que nadie supiera que también podían sentir.

Sin más había abandonado mi café instantáneo con gusto a cualquier cosa menos a Copacabana cuando figuraba envuelto en perfumes caros en un auto del año y frente a la mirada rabiosa de dos desconocidos que se aprovechaban del retrovisor *pa sapiar* a la loca nueva que, tímida, rogaba que no chocáramos y así no salir disparado por el parabrisas y terminar en el pavimento.

Ya en el lugar del *dancing* las caras eran conocidas. Muchas desorbitadas, otras desencajadas, muchas de casería, otras resignadas a lo que les tocara. El VIP ya no daba más de goce. Algunos musculosos de la *tevé* se paseaban con el mentón erguido y el *culo parao*, nadie que ellos no quisieran se podían acercar. Todos al acecho, nadie sonreía y de pronto él.

Lo había conocido el fin de semana anterior, en otra fiesta. Cuando lo vi por primera vez me inundó una sensación de ternura y unas fuertes ganas de sentirlo entre mis brazos. Sus ojos desorbitados de *pendejo* borracho y abandonado por su mundo y por el alcohol, la marihuana y quien sabe qué más, me advertían que en cualquier momento me vomitaría encima si intentaba sacarlo de su curso rumbo a la estratosfera, pero me acerqué, lo miré y finalmente lo besé.

Una semana después de ese momento volvía a aparecer. Esta vez con la mirada centrada y sin ese tambaleo de turbulentos vientos de desamparo que lo empujaban hacía una noche más de *pendejo* caliente. Su amigo, con quien siempre andaba y al que había conocido pocos años antes, le había rogado que no se me acercara. Esto, porque hasta el día de hoy se arrepiente de haberse quedado dormido la noche en que desnudos nos acariciábamos en una improvisada habitación ajena, de un edificio cualquiera ubicado en una calle cualquiera del centro *puto* de Santiago con vista al hotel Majestic.

Sin hablarnos, convenimos un lugar alejado la pista de baile y de su amigo. Nuevamente en mis brazos y nuevamente sus besos y nuevamente él. Bailamos, nos besamos, nos tocamos, nos sentimos. Yo mucho más viejo sacaba la cuenta y me alarmaba pensar que al que me agarraba apasionado no llegaba a los 18 años, al mismo tiempo que en lo mejor del *pato califa* de la noche *cola* y cuando el reloj marcaba las cinco con uno, se prenden las luces y todos los gatos dejaron de ser negros.

Tres noches más tarde en mi cama me confesaba que había cumplido los 17 hacía poco. Pensar que estaba con un menor y que me podían llevar preso era una idea que me calentaba. Nos sacamos la ropa cuando se detuvo y señaló a un rincón de mi apartamento donde delicado guardaba como una reliquia traída de África un *tajine*, el mismo que me había traído un año antes desde Marruecos con extremado cuidado para que no se quebrara. Lo apuntó extasiado con extrañeza y

me preguntó: ¿qué es eso? Un plato para servir el cous cous, le dije. Una comida árabe, argumenté.

Me sonrió ingenuo y me dijo: “Tu tienes cara de cous cous”, al mismo tiempo que se envolvía en mi pecho. Cerró los ojos, nos quisimos de forma fugaz y clandestina toda esa noche al ritmo de la marihuana y del copete improvisado y nunca más nos volvimos a ver.

### ***La bola disco o la disco en bolas***

Afuera, la calle Compañía del *downtown chilensis*, con su zumbido diario de día de semana que llega a mi oído izquierdo el que da a la ventana que a su vez da a la calle y que a su vez recibe un viento helado por alguna mínima filtración de aire que se cuele por el frágil vidrio.

Afuera la calle y mi resaca producto del carrete de mitad de semana me recuerda, a través de flachasos, lo ocurrido anoche en la disco. Mis ganas de pasarlo bien y aquellas miradas penetrantes de *cola* furiosa que se compara en medio de la disco y que muestra sus bíceps, pectorales y pantorrillas orgullosa de su trabajo gimnástico.

Afuera la calle y frente a mí la botella vacía, toda *carretiá* como yo que estoy

respirando mi aliento de *puto* triste frente al computador de la oficina, ese aliento que no hace más que recordarme las telas de cebolla que intentaban cubrir los pechos del bailarín coliflor de la *tevé* que meneaba sus caderas en esa *puta* disco, igualito como lo hace en el canal de todos a la hora de la once.

¿Soltero o comprometido? me preguntaba la guatona regia de la *door* de esa disco de mala muerte intentando ponerme una pulsera de colores para poder entrar a ese lugar donde hasta el amigo se hacía el desentendido para puro *cuartarse* al *puto* rico de la noche, el que a su vez no miraba ni a la amiga *wena* onda que lo había acompañado a pasar las penas un día miércoles a las tres de la mañana.

“Viene con *cover*” decía la guatona *torti* y simpaticona de la *door* mientras me ponía una pulsera roja que decía “soltero”, la que me duró menos que un candi porque se la metí en el cuello a una amiga que la terminó tirando lejos porque vio a la *girl* que le gustaba atracando con otra loca en ese antro de *putos abacanoaos*.

“Una piscola”, le dije al loco *wena* onda del bar a penas entré. Empinó la botella de Capel y me sirvió “el trago nacional”, el que me lo tomé como *aguila pa* sumergirme en ese antro musculoso de *machomenos*.

Intenté mover las caderas con las *amiguís*, pero éstas estaban más preocupadas de comadrear que de pescar al amigo cola *wena* onda que no se hallaba en esa disco.

La piscola me hizo cosquillas porque igual sentí esa discriminación cola por no inflar mi ego a su máxima expresión, pero no me importó, porque la guatona *torti* de la *door* me dio un dulce con forma de boca, diciéndome, con su mirada “*chúpate este lolí*”.

### ***Los putos también lloran***

Y mientras un hip hopero se acercaba a la novia de mi amiga y ella lo esquivaba más que con la mirada mientras me pedía auxilio con sus ojos de muñeca de porcelana y en el segundo en que su novia era devorada por otra chica, otro hombre se acerca a la niña de porcelana e intenta, infructuosamente, bailar con ella. Mi único rol era que no se cayeran de la tarima mientras bailábamos como monos aquella noche de colas eufóricas que, casi asfixiados por el estrechez de sus atuendos, saltaban repitiendo coreografías del programa *Rojo*.

El hip hopero se me acerca y me dice que quiere bailar con la chica de los ojos lindos; en ese segundo yo le digo “es mi novia” e inmediatamente se aleja. Lo hice como narrando una micro historia de ficción, un micro cuento de mentiras, pero sabía que era la única forma de sacármelo de encima, o mejor dicho, de sacárselo de encima.

Me doy vuelta y el segundo chico empieza a menear caderas con la chica de porcelana, cuando se me acerca y me dice que le gustó mi amiga. Para ese entonces el hip hopero ya se había ido. Al ver que a mi amiga no lo molestaba la presencia del nuevo individuo, los dejé solos, cuando el chico me da vuelta y me dice, pero soy hétero. Yo le digo que todo bien y sigo bailando como un mono que saltaba por una banana. Me vuelvo a dar vuelta y el mismo chico me dice, soy gigoló. Mi única aproximación con un gigoló fue cuando el Benja Vicuña hizo de *puto* en una teleserie.

De cierta forma me enterneció el *puto* de musculosa negra y de tez morena al que sin duda le faltaban más que algunas cazuelas. Su mirada ante la chica de mi amiga, con la que él bailaba, denotaba ternura.

Me dijo que estaba trabajando esa noche, que intentaba conseguir chicas para cobrarles, mientras apuntaba con la mirada clavada a otro chico al que me advertía que cobraba hasta por dar un beso. Aclaración que blanqueaba su imagen de *puto* tristón que se escapaba por un segundo de su pega y se daba el tiempo para "cuartiarse" a la niña de porcelana.

Decidí dejarlos solos para que se conocieran mejor. Sabía que la precariedad del español de la novia de mi amiga podría jugarles una mala o buena pasada a esta parejita de niños santos que se meneaban al compás de una música horrorosa. Los había dejado solos para que se conocieran mejor y para que el *puto* pudiera

reposar sus ansias laborales en un momento de diversión. Seguía mirándolo desde abajo del escenario, esperando que no se cayeran de él. Me enterneció ver unos abrazos gratuitos y unos besos en la mejilla sin el signo peso en sus ojos.

Al poco rato ambos cayeron y fue ahí cuando la muñeca de porcelana se rompió y el chico advirtió que la noche se pasaba muy rápido como para seguir llorando lágrimas de cariño.

### ***El músculo sin diente***

Paseaba cabizbajo, una tarde fría de día miércoles, por los pasillos de mi facultad. Una feria de libros se había instalado y los miré como pidiendo compañía. Llegué, después de ver el de mi madre, a uno desconocido para mí y que había escrito mi autor favorito.

El libro, que efectivamente me acompañó mientras duró la turbulencia, me lo terminé de leer el viernes de aquella semana santa. Con el bajón de haberme terminado aquella hermosa novela y después de haber sido plantado por mis amigos ese viernes santo y cuando habíamos planeados hacer un asado para irnos todos junto al infierno por comer carne, y ya siendo las cinco de la tarde, bajo, envuelto en una parka, a dejar la bandeja a la cocina y en eso me encuentro con dos amigos que venían al asado.

En un dos por tres ya estábamos arriba de la pelota y ya no éramos tres, sino que cinco. Los subí al auto y fuimos a un lugar que hacía tiempo quería ir. No tenía idea cómo se llamaba, sólo sabía llegar a él. Unas luces de neón nos daban la bienvenida y nos advertía que los hombres entrábamos gratis y las mujeres pagaban *luca*. Era mi primera vez que entraba gratis. A más de una de mis acompañantes tuve que empujar al interior del boliche de aspecto clandestino. Sin saber cómo y tras pocos minutos de vacío ambiente, el lugar se llenó de hermanas *colisas*. Ya de la fiesta prendida salieron go go dancers que meneaban todo lo que tenían por delante y por detrás. En un acto sin precedentes, mis amigas, boquiabiertas, gozaron con el *show* y los del *show* gozaron con ellas. Extasiadas mis amigas querían tocar a aquellos musculosos bailarines de aspecto decadente, pero que estaban bien trabajados. A esta altura debo reconocer que el perfil griego de uno llamó mi atención; siempre he querido tener un mentón tipo perfil griego como el del bailarín de aquella noche y, bueno, si viene con calugas como aquel varón, pues también acepto... Es más, la última navidad le pedí al viejito pascuero un perfil griego y claro, no me lo trajo... me parecía raro que el caluguento del perfil griego no sonriera con tanto músculo para mostrar... hasta que en un minuto mi amiga algo le hizo y éste sonrió al mismo tiempo en que se miró al espejo para verse reflejado en él... al descubierto y junto a sus tríceps y cuádriceps como testigo, dejó un orificio que denotaba la ausencia de su diente... sin duda a aquel musculoso le faltaba algo y por un perfil griego quizás le daría un diente.

## ***Lágrimas de verde guasabi***

Caminábamos por el forestal con nuestra bolsa blanca. Gozábamos de los últimos rayos de sol medios veraniegos de finales de abril. Mientras buscábamos un espacio en el pasto de ese inmenso y ahora taquillero parque, mirábamos *the mapocho river* medios melancólicos y queriendo que la corriente nos invitara a navegar en sus turbulentas aguas no cristalinas para ahogar ahí nuestras penas.

Con sushi en mano, oculto en aquella bolsa blanca, nos camuflábamos de la picantería del sábado chic santiaguino que se pasea por *the forestal park* los fines de semana mostrándose en aquel improvisado "nuevo barrio gay de Santiago".

Con pena comenzamos a mezclar la soya con el verde guasabi y así poder limpiar con un ardor duro e inclemente, nuestros pensamientos.

Lloramos de placer con el verde guasabi mientras matábamos de ardor las penas que inundaban en aquel instante nuestro frágil corazón. La invitación era simple, un paseo con sushi para limpiar el alma que por hombres nos tenía así.

Las lágrimas de verde guasabi corrieron tormentosas por el parque y quedaron en aquel espacio que un día ocupamos para nuestro ritual de día sábado de Parque Forestal.

# CAPÍTULO IV

## CRÓNICAS DE UN SANTIAGO PERSONAL



## ***Buenas tardes señora oruga...***

Salí con la suficiente antelación para llegar, después de un mes de trabajo, a las 08:30 am a la universidad. Cuando estoy en pleno viaje por la Avenida Príncipe de Gales, la luz del tablero del auto me alerta que debo detenerme con urgencia. Al auto le faltaba agua, que dicho sea de paso, le había puesto antes de partir.

Dejé el auto en la estación de Metro que lleva por nombre el mismo que el de la avenida y me subo rumbo a la estación Grecia de la línea 4, a la que se le filtra el agua del Canal San Carlos por sus murallas.

Cuando me bajo en Grecia y dejo pasar algunas micros, que a esa hora iban llenas de viajeros urbanos, veo que una micro amarilla venía casi vacía... me subo e ingenuamente le pago con mi pase escolar y un billete de mil pesos... el micrero reclamó y me dijo que pasara no más.

Algo demorado llegué a la universidad, tuve mis ramos y salí a eso de las 18:30 hrs. Y para hacer la ruta inversa, Macul y Grecia, Metro Grecia, esperé a que pasara un Transantiago... Siempre he escuchado que los choferes de las micros blancas saludan a los estudiantes y a veces hasta le dan la bienvenida. Afortunadamente venía uno, paró, me subí y esperando que me saludara le muestro el pase escolar y una moneda de 500 pesos... los ojos del, hasta ese momento chofer, se transformaron en los de un micrero y me preguntó casi

gritando: "¿¡¡¡no tiene más sencillito!!!?" yo lo miré atónito y le dije que no y al mismo tiempo le pregunté si pasaba por la rotonda Grecia, sólo unas cuadras más arriba y me dijo, muy enojado que sí...

Atónito me fui hacia la cola del bus oruga, y no alcanzo a mirar por la ventana cuando dobló... inmediatamente le pregunté a una persona si pasaba por el Metro Grecia y me dijeron que no, que iba al Metro Quilín. Empecé a sudar cuando, entre las poblaciones de un Santiago amorfo y dividido, se asomó la rotonda Quilín, todo esto después de pasar 25 minutos arriba de un bus en un tramo que debía demorar cinco minutos y sin siquiera haber escuchado un asomo de "buenas tardes señor estudiante...".

## ***Esposas esposadas por esposos en la clavícula***

Camino y veo que no es una, sino dos personas. Sigo caminando y levanto un poco la mirada y veo a dos personas más. Doy unos pasos más y doy vuelta cuando veo dos personas más.

Ya sea de la mano, de la cintura, del cuello, de un dedo o de los labios, caminan las parejas con el miedo de ser desesposados con la fragilidad de la mirada de un desconocido.

Se separan sólo para ir al baño, ya que si pudieran ir juntos también lo harían.

Las parejas caminan esposadas con el miedo de ser desesposados por la fragilidad de un beso extranjero. Se pasean mostrando su conformidad de mutar de a dos, sacan pica a quien quiera mirar aquella escena de siameses del mundo tradicional, mientras escupo de impotencia de no saber si algún día me esposarán.

## ***La oruga prematura y el museo vacío***

Cuando aparece en televisión el encargado del Transantiago diciendo que todavía el Transantiago no ha llegado al país y que lo que se encuentra en marcha son

sólo buses oruga circulando por Santiago, reflexiono sobre lo apurado del ex *presi Lake* por inaugurar las cosas antes de partir.

Pero cuando entro al Centro Cultural Palacio La Moneda y veo la cascada de agua que le da la bienvenida al visitante, pienso (caramba que le gusta la fuente de agua al chileno, *pucha* que le gusta decorar con el chorro de agua las plazas, museos y calles) y pienso en las paredes de la recientemente inaugurada línea 4 del Metro a la que se le filtra el agua del San Carlos y vuelvo a pensar, *chupalla* que le gusta la cascada al chileno. Sigo caminando hacia la entrada del Centro Cultural y veo entre comillas las palabras de Lagos y su nombre gigantescamente imponente y pienso ¡que le cuesta irse al compañero!.

Finalmente, entro al Centro Cultural y me encuentro con NADA. Una exposición de Chile y otra de México y un Centro de Documentación vacío con el taco de la encargada que dice: "lunes 10 a las 10:30 horas reunión con la Maite por si quiere quedar acá" y eso fue lo más emocionante del museo, verle el taco a la *pitutera* que quiere meter a la amiga al Centro Cultural y hoy, cuando llamo para ese espacio que se suponía era otro de los proyectos "estrella" de la Concertación, me contesta una caravana de mujeres que no tienen sólo una papa en la boca sino toda una ensalada rusa embutida en ese espacio de enunciación.

Mientras las orugas salgan del capullo prematuramente y los Centros Culturales expongan su intención solamente, Chile, bañado en cascadas y fuentes y piletas, sólo seguirá así, en el eterno simulacro de nadar mientras se ahoga.

## ***Buenos días señor embajador***

A inicios de abril me contactaron para que entrevistara a un artista chileno que vivía en Brasil y que estaría de paso por Santiago para inaugurar una exposición y dar clases en la Facultad de Artes de la Universidad de Chile. Lo único que recuerdo de ese momento es que yo estaba ocupadísimo y que atiné a decirle a la secretaria: "pero si la embajada quiere que le haga la entrevista, entonces que me pongan chofer y que me vengán a buscar y a dejar".

Con un tono de complicidad, pero a la vez preguntándome con la mirada de si acaso estaba yo loco, la secretaria me guiñó un ojo y me dijo que lo haría inmediatamente. Pasaron las semanas y a mediados de mes la misma secretaria me dijo: "he recibido un *mail* de la encargada de prensa de la embajada y la entrevista la hemos fijado para el último jueves de abril. Lo vendrán a buscar y el embajador ha propuesto el salón verde para la entrevista".

Inmediatamente pensé que mi plan era perfecto: me había hecho el interesante y daba resultados.

Cuando llegó el día de la cita, para la que me preparé a más no poder, llevé una serie de preguntas de todos los tipos, tanto de la corriente artística que el pintor seguía hasta datos de su vida privada.

El chofer de la Embajada de Brasil me pasó a buscar con diez minutos de retraso. Un inmenso auto con patente diplomática me esperaba a las afueras del Departamento de Artes Visuales de la Universidad de Chile. El conductor me preguntó si deseaba sentarme adelante o atrás, inmediatamente dije, sin dudar, que adelante.

Me fui todo el trayecto por Avenida Matta escribiendo en una hoja. Me sentía como un embajador al que lo llevaban a una reunión secreta al Palacio de La Moneda y, mientras andábamos por las calles de Santiago y al mirar hacia fuera, podía sentir que la gente me deseaba un buen día creyendo que era un joven diplomático.

Llegamos a la embajada que está ubicada en el ex Palacio Errázuriz. Una mansión que no voy a entrar a detallar, pero a la que la palabra majestuosa le queda chica.

Nos abrió la puerta, después de vernos por el monitor, un mayordomo escoltado por un policía. Me trasladaron, después de bajar del auto, a una oficina donde podía ver a alguien que apresuradamente hacía el aseo. A esas alturas parecía yo pavo real de lo importante que me sentía. Finalmente llegamos a una de las oficinas de la parte posterior de la sección cultural de la embajada y cuando cruzo el umbral de la puerta veo a dos personas que ocupaban la oficina: una mucama y una señora que me mira con desprecio y me pregunta "¿qué necesitas?". El chofer, que me había llevado hasta ese despacho tosió incómodo y me presentó

como el periodista, ante lo cual ella agregó "te adelantaste, quedamos a las 12". Alargué mi mano mientras le expliqué que la culpa había sido del auto que me había recogido muy temprano y le dije mi nombre y apellido y la institución que representaba... ella hizo una mueca que acompañó con una cara de sorpresa e interrumpida por otra señora, aún mayor, que dijo: "pero si pensamos que iba a venir tu padre".

Fue ahí cuando comprendí todo. Ellos esperaban a mi padre, al que me aclararon, tenían en su base de datos como alguien de altos vínculos con la cultura política chilena.

Ya había partido todo mal. Para hacerse la simpática, la señora que me recibió me dijo que me agregaría a su base de datos. Se puso de perfil hacia mí y empezó a llenar una planilla de contactos, cuando llegó al punto de mi nombre, me dijo, haciéndose, evidentemente la simpática, entonces pongo y señora, para que vengas con tu polola, a lo que respondí, y señor por favor, para venir con mi pololo.

Tosió como si le hubiese dado un ataque, ante lo cual respondió que el computador no tenía esa opción, entonces yo le dije "bien machista el sistema de ustedes", con lo que evidencí mi molestia por el mal rato.

Finalmente había llegado "el artista" como lo llamaban. Me llevaron hasta el hall central, donde nos encontramos con el entrevistado, quien estaba acompañado

por otra señorita a la que asumí como su asesora de prensa designada por la embajada. Recorrimos los salones y vimos los cuadros que adornaban el palacio. Llegamos finalmente hasta el salón verde y, para mi sorpresa, los cuatro tomamos asiento, ante lo cual dije: "no sabía que íbamos a hablar de algo antes". La mujer que me había recibido aquella mañana y la que se había molestado con mi presencia, dijo: "no, no hay nada de qué hablar, pueden empezar".

Inmediatamente comenté: "no es posible, yo hago las entrevistas a solas con el entrevistado, no necesito guardaespaldas".

Las dos mujeres abandonaron la sala, furiosas. Terminamos la entrevista y volvió la misma mujer, que preguntó toscamente y con un tono celoso: "¿ya terminaron de hablar sus cosas privadas?".

Le dije que sí y le pregunté que quién me llevaría de vuelta y ella me respondió, gozando de ese momento, "nadie, todos los autos están ocupados".

Crucé a pie las puertas que hacía una hora había atravesado sintiéndome un embajador. Le pregunté al policía de turno por la dirección del Metro y me fui semi victorioso hacia la facultad.

## ***Nada que decir más que Scheiße (mierda)***

Creyendo ingenuamente que la democracia y la modernización tercermundista mentirosa traerían consigo la tranquilidad del surgimiento de las diferencias sexuales, culturales y raciales, me sorprende y, al mismo tiempo, asusto con el surgimiento de un movimiento nazi en este largo, estrecho (de mente) y retardado país al que, por razones que desconozco me tocó ser parido, pero por el que siento el deber de luchar desde mi frente de batalla, la cultura transformadora.

Lamento profundamente que sigamos sorprendiéndonos con cosas tan horrendas como el descubrimiento de nazis (gente inculta de ultraderecha que ni idea tienen de lo que significa ser nazi, ya que con plata de organizaciones internacionales les compran la mente haciéndoles creer que de verdad son importantes y que de verdad pesan más que cualquier cosa y así pueden matar e imponerse por la fuerza. Pobre gente de mente estrecha que algún día quisieron ser alguien y que no les alcanzó para más que para ser marionetas de lunáticos), así que *mister* Lagos Weber, su comunicado de los dados de baja en la escuela de suboficiales y de otras entidades del ejército me valen *callampa*, así como los mafiosos del gobierno que se pelean los cupos sin importarles el título, sino que el número de cámaras que tienen al frente. Hagan algo por favor antes que los lunáticos se enteren cómo matar a los gay del barrio alto.

Qué vergüenza *madame* Bachelet, en vez de dejarse besar en la mano en la

Viena ex hitleriana, haga una comisión como a usted tanto le gusta y empiece a educar a la gente para que no se crea el cuento de que son alemanes o algo así, cuando son pelotudos *madame*, esos que se creen de raza aria, cuando no se han leído ni medio manifiesto hitleriano y, por favor, de pasadita, hágale caso a Saramago y preocúpese de los mapuches y, si quiere, haga también una comisión para ellos. Mire que no bastan nazis, sino que un gobierno desinteresado para exterminarlos como lo están haciendo.

### ***El gato y el niño***

.. Y mientras manejaba semi dormido por Brown Norte, rumbo a la universidad, una mañana de martes cualquiera de día de smog de preemergencia capitalina, alcanzo a percatarme de que los autos que iban en mi dirección y en mi carril, empezaron a esquivar algo...

No podía distinguir qué era, hasta que llegué a él... frente a frente me encontré con un gato que, estirado de patas a cola, se posaba muerto sobre el carril con su lengua afuera y con un poco de sangre donde ahora no recuerdo...

Alcanzo a divisar, gracias o por culpa de los 180 grados que alcanza a ver el ojo, a un niño de siete u ocho años que, caminando solo por la vereda, con su colación en una lonchera y una parka roja, caminaba en dirección hacia su colegio.

El niño, tras pasar por el lado del gato, paró, se aproximó y se quedó mirándolo por largo rato, mientras, a través de mi espejo retrovisor, ese cuadro de tristeza quedaba cada vez más en la distancia.

Pude ver que el niño retrocedió unos pasos y siguió rumbo a su colegio y ahí quedaba el gato, muerto tras ser llorado por ese niño que, tal vez, por primera vez, y en plena calle solitaria y esquiva, se enfrentaba a la muerte.

### ***El hotel con aroma francés o el día en que fui botones***

El turno había empezado a las tres de la tarde y se extendería hasta poco antes de la medianoche de aquel trabajo de verano de un día cualquiera de hace ya unos años.

Había decidido entrar a trabajar como botones del Hyatt, porque quería juntar dinero para ir al carnaval de Río de Janeiro con un ahora ex marido. Era una temporada de alta demanda, el hotel estaba completo y el aire acondicionado me estaba matando.

Bien peinado, perfumado y elegantemente vestido me aprontaba a recibir a tres pasajeros que hacían su llegada al hotel: una mujer y dos hombres, todos con aspecto francés.

Justo la mañana de ese día había salido del hotel un grupo de gringos rumbo a Valparaíso para tomar un crucero, por lo que excepcionalmente el hotel tenía disponibilidad.

El típico ruido de la campana sonaba desde la recepción. Un colega botones y yo nos presentamos para guiar a los pasajeros a sus habitaciones. Mi compañero llevó a la mujer y a mi me fueron asignados los dos hombres. Sin hablar demasiado les mostré el cuarto a los dos franceses al mismo tiempo que me percataba que eran mucho más que simples amigos, el por qué no lo sé, pero es un radar que me permite realizar esas detecciones y que tengo localizado en alguna parte de mi cuerpo y el que mis amigas han usado y abusado tratando de detectar si sus novios son o no gays.

En fin, les mostré el baño, la caja fuerte y el closet (aunque los dos estaban salidos de ahí mismo) y cuando les enseñé sus camas la cara de ambos se desfigura ya que, evidentemente, eran demasiado pequeñas. Pero no fue esa la excusa que utilicé para proponerles un cambio de habitación, sino que la mala vista que les había tocado cuando podían acceder a una con la Cordillera de los Andes como protagonista.

Inmediatamente tomé el teléfono al mismo tiempo que les pregunté si junto con el cambio de vista querían un cambio de cama y pasar de dos simples a una matrimonial, ante lo cual ellos, ya desfigurados por tener que pensar que debían caber en esas diminutas camas, manifestaron un cambio de color pasando del verde, al amarillo y terminado en el rojo ya que, supongo yo, ellos no pensarían que esa pregunta iba a ser formulada ni más ni menos que desde el tercer mundo. Se miraron y agradecidos dijeron “yes, please”. Me detengo en este punto, ya que la respuesta tuvo que ser en inglés porque para esa fecha aún no descubría mi lado francés, pues años más tarde, y trabajando en Air France, me vine a enterar de que yo hablaba francés, poco y chamullado, pero lo hablaba.

Al otro lado del teléfono la colega recepcionista me preguntó qué era lo que necesitaba y yo le dije que una habitación con mejor vista y con cama matrimonial para los dos pasajeros. Ella me dejó esperando mientras escuchaba como música de espera su respiración, que cada vez se agitaba más a medida que iba escribiendo en su teclado y dándose cuenta de que los pasajeros que yo tenía en frente eran hombres... no duró mucho la espera cuando me dijo, subiendo el tono, "¡pero si son dos hombres!", al mismo tiempo que le respondí, "yo no tengo problema y no creo que tú debieras tenerlo tampoco".

Junto con darme las gracias, recibí una buena propina por parte de los huéspedes franceses, quienes, con un aspecto un tanto tímido, me dirigían miradas de agradecimiento cada vez que pasaban por la conserjería del hotel.

## ***Los secretos de Lady Godiva***

En casi trece páginas el escritor John Cheever relata en su cuento *La Cura*, de forma lineal y poco atractiva, la monótona y aburrida vida de un hombre al que la vida le pasa desapercibida y cuyas obsesiones son el verano, las reiteradas separaciones con su señora, ir a comer y beber al mismo restaurante todos los días, esperar despierto al hombre que lo observa a través de la ventana, leer un libro de Lin Yutang y mezclar los ladridos de un perro o los maullidos de un gato con las lágrimas de su sirvienta.

Las *reflexoputas* de Palahniuk, mujeres que todavía rondan mi cabeza sodomita de *puto* triste, no hubiesen cruzado la ciudad para otorgarle un servicio mortal al protagonista de *La Cura* por latero y obsesivo. Cheever es poco atractivo con esta historia y así lo son sus personajes descritos a través de cabos que nunca se atan, con una trama que carece de lucidez y en un relato plano y superficial.

Este texto intenta hablar de la soledad (“Pero no duermo bien en una cama vacía”), de la desesperanza, de la rutina, de la vida y del término de ésta, del abandono (“Me dije que uno puede curarse de un matrimonio romántico, carnal y desastroso...”) y del inconsciente de los seres humanos. Pero, en definitiva, *La Cura* redunda en lugares comunes y situaciones cotidianas que en nada aportan al relato, ni mucho menos al prestigio del autor.

Quizás este texto le hubiese venido bien a alguna de mis compañeritas que se ruborizaron con los relatos sodomitas de Palahniuk y que, mientras leían sus textos en público, pedían y se pedían perdón por decir “cochinadas”, o a la lloricona que se acercó a la *teacher* para recriminarle que al hijo de la directora no lo evaluaban de igual manera que a sus otros compañeros, o quizás este texto le hubiese venido bien al de la última fila que, medio borracho, llamó por teléfono a su compañero *coliflor* sólo para que le contestara su celular y así decirle un hola en medio de una borrachera de viernes por la noche.

Este reiterativo texto está relatado por un narrador omnisciente que enumera las veces que ha sido abandonado por su esposa e hijos y que ruega tener el coraje de no reincidir en su tortuoso matrimonio, intentando, infructuosamente, despejar su mente buscando mujeres.

En definitiva, el tema central de *La Cura* no es más que el relato tristón de un hombre y su rutinaria vida, haciendo que el gran ausente sea la atractiva pluma de Cheever y los infructuosos guiños a Lin Yutang, al clasismo de los estadounidenses de principios de siglo, a la depresión económica de dicha época y al voyerismo, ejemplificado en el término Peeping Tom, en alusión a la historia de un hombre que quedó ciego al ver la estampa de Lady Godiva, noble de Coventry.

## ***La pajarera de metal***

Lo que antes era la pomposa y en ese entonces moderna Terminal nacional e internacional del aeropuerto Comodoro Arturo Merino Benítez (conocido sólo en su casa) ahora es sólo un hangar de carga donde Aduana de Chile se encarga de guardar celosamente los artículos que son retenidos a los viajeros despistados que seguramente un día se les olvidó que debían declarar las carteras de cuero de canguro, o los relojes de diamantes o a algún animal exótico en peligro de extinción.

“A veces se hacen remates, el precio es absurdo y siempre van los mismos, ya sabes, así es Chile, todo queda entre amigos, entonces se compran y se venden entre ellos mismos”, dice REM mirándose un anillo que aparenta ser real y que revela sus más de 40 años de servicio en una aerolínea de bandera europea. En eso llega otra funcionaria expeliendo un aroma a perfume franchute, recién empezaba su turno, se saludan de dos besos, “al más puro estilo francés”, asegura REM, “lo único que les falta acá es sacar el queso y la *champagne*”.

Son miles los funcionarios aeronáuticos que desfilan a diario por la pasarela de baldosa mostrando sus uniformes lustrados y sus mejores maquillajes, entre ellos y por orden jerárquico; los del aseo, quienes se encargan a cada segundo de sacarle brillo a la Terminal con sus grandes traperos, sus miradas siempre apuntan al suelo y por lo general escuchan música todo el día a través de sus *personal stereo*, quizás acostumbrados al anonimato. Luego están los guardias de

seguridad a los que sólo les falta el caballo porque son idénticos a los respetables funcionarios de la Policía montada de Canadá, con esos sombreros extraños y las camisas con condecoraciones falsas. Luego están los funcionarios de las aerolíneas, se distinguen entre ellos por los coloridos de sus uniformes, cuál más siútico que el otro, ellas van con el pelo tomado, exageradamente maquilladas, con zapatos de taco, casi siempre con falda larga, aunque las más osadas y *cartuchas* van con pantalón, por lo general con un pañuelo al viento y una sonrisa falsa de oreja a oreja, que cuando se despiden de los pasajeros y éstos se dan media vuelta ellas agarran a la compañera de turno, a la más cercana y descuartizan al pasajero en puro pelambre. Luego están los de Policía Internacional, ellos tienen su terreno, fuera de éste no son nadie, pero al ciudadano que se le ocurra pisar más allá de la flecha que dice “embarque internacional” pasa a tierra minada; ellos se pasean con seguridad por las alfombras y las casetas de su territorio, se encargan de digitar en una pantalla todos tus datos y chequear, por medio de una cámara que se instaló hace semanas, tu foto en el computador. Son apáticos, serios y siempre están enojados, no se tutean y se hablan en código. El personal de seguridad (no confundir con los guardias de seguridad, esos de la respetable Policía montada de Canadá) usan un traje negro y se encargan de que las señoras no lleven en su equipaje de mano pinzas, tijeras, corta uñas o cualquier elemento corto punzante. Posteriormente está el personal de antinarcóticos que se pasean con perros drogadictos en búsqueda de explosivos, cocaína o marihuana y, por último, están los funcionarios del consorcio aeroportuario, ellos son como los dueños de casa y son los más respetados, nunca se ven porque están detrás de los miles de

monitores que revelan a través de las miles de cámaras ocultas lo que pasa dentro de la terminal aérea.

### ***Erase una vez una azafata***

Se pasean sólo por algunos sectores del aeropuerto, tienen acceso ilimitado a éste, las conocen exclusivamente los que no viajan y según el orden jerárquico están ubicadas entre los guardias de seguridad y los uniformados de las compañías aeronáuticas. También son hombres, pero predominan las mujeres; están ahí hace años. Se pasean con carritos al más puro estilo azafata, usan uniforme inventado por ellas y todavía creen que algún día podrán embarcar un avión y darle la más cordial de las bienvenidas a bordo en cuatro idiomas a cientos de pasajeros. Tienen edad avanzada y conocen miles de historias, han escuchado y visto de todo, venden cuchufli, sándwich o cualquier otro comestible a los funcionarios que trabajan ahí y según cuenta su historia, algún día fueron funcionarias de alguna aerolínea que algún día se fue a la quiebra.

### ***La puerta 15***

Dentro de la salas de embarque existen las puertas de embarque, éstas no llevan una numerología lógica y empiezan del número 10 en el sector internacional y

terminan en la 25 en el sector nacional. Dentro del área internacional se encuentra la puerta 15. Es la más codiciada por los funcionarios de las compañías aéreas, porque es la más cómoda y espaciosa. Dicen las lenguas que esa puerta fue construida especialmente para un avión que la empresa fabricante de aviones, Boeing iba a construir. “Iba a tener tres pisos y una capacidad como para setecientas personas, iba a ser el avión más grande de la Boeing”, dice Pía con una cara de excitación como si fuese una niña a la que se le prometió ir al parque a jugar. Ella es ex funcionaria de la aerolínea KLM que un día voló a Chile y que luego de problemas económicos dejó de hacerlo, dejando sin empleo a cientos de funcionarios. Cada día, luego de ser construida la puerta 15, los funcionarios han prestado máxima atención a los pájaros de fierro que han tocado tierra en la pajarera de hierro. Van más de siete años desde que se construyó la Terminal nueva de pasajeros y todavía no llega el anhelado Boeing que prometía albergar a un número de pasajeros nunca antes superado. A diario, los aéreos que se posan frente a la puerta 15 y el personal de la “afortunada” compañía a la que se le otorgó el embarque por dicha puerta creen ser aquel mega jet que nunca pasó a ser más allá que un rumor.

### ***Pollitos en fuga***

“Era un cargamento de pollitos, debíamos mandarlo entre Chile y Ámsterdam, eran como cincuenta aves que iban en el compartimiento de carga súper bien

enjaulados”, cuenta Pía, rememorando sus años de servicio en la holandesa KLM. Ese día cargaron el avión, un jumbo 747 combinado, la mitad de pasajeros y la mitad de carga. Entre las maletas de los pasajeros iba un cargamento de pollos que debían ir a un laboratorio en Ámsterdam. Luego de más de quince horas de vuelo el avión se posó sobre la losa del aeropuerto de la capital holandesa, al iniciar el conteo de carga se percataron de que faltaba uno de los pollos, quedando el total en 49 plumíferos. Se hizo un rastreo exhaustivo y nunca se pudo dar con el paradero de aquella ave. Un mes después el avión hizo la ruta inversa, volando desde Europa a Chile; fue el personal de limpieza del aeropuerto quien se percató que en la cabina del piloto estaba escondido un animal casi moribundo, al prestarle más atención se dieron cuenta que se trataba de aquel pollo que un día fue embarcado en un pájaro más grande que él y que en vez de plumas tenía una estructura rígida de metal.

El aeropuerto esconde historias, personajes, anécdotas. A diario son los miles de funcionarios los que se tienen que relacionar con otros miles de viajeros que siempre están en movimiento; son ellos los que siempre llegan o se van, los que nunca están, los que nunca pertenecen a un mismo lugar. Los funcionarios se conocen entre ellos, tienen códigos que sólo ellos manejan, dialectos que solo ellos entienden y técnicas que sólo ellos pueden usar porque nadie más que ellos conoce mejor la gran pajarera de metal.

# **CAPÍTULO V**

## **CRÓNICAS Y CREADORES**



## ***Isidora Aguirre: "Yo no soy profeta en mi tierra"***

*"Leftrarú: Epopeya de un Guerrero Mapuche" se titula la versión libre de la obra "Lautaro, Epopeya del Pueblo Mapuche", escrita en 1982 por Isidora Aguirre, la que será llevada a escena por los estudiantes de último año de Actuación y Diseño Teatral de la Universidad de Chile, bajo la dirección del actor y director teatral, Patricio "Pato" Pimienta.*

La puerta del departamento E de un viejo edificio ubicado en el barrio Ñuñoa se abre sigilosamente. Su arrendataria por más de sesenta años, la connotada novelista y dramaturga de obras como *La Pérgola de las Flores*, se asomaba por el umbral de la puerta de aquel departamento ubicado, casualmente, en la calle Rengo, que en mapudungún significa harina cruda, a dos cuadras de la calle Lautaro y a una de Caupolicán.

Nadie había tocado el timbre, sin embargo ella lo había sentido, en un acto al que la escritora le restó importancia, puesto que según ella, "está acostumbrada a oírlo sin que lo hagan sonar", rememorando las tardes en la quinta donde vivía con toda su familia y donde ella tenía la misión de transcribir las sesiones de espiritismo junto a sus tías, "ya que la verdadera casa de los espíritus era la mía, y no la de la Isabel Allende", como aclara.

Aquella calurosa tarde, la señora que amasaba el pan en la recientemente inaugurada pastelería de color pistacho, ubicada a pocos metros del edificio donde

vive la dramaturga, no estaba segura si la vecina de la *chef*, era o no Isidora Aguirre. "En caso de que sea ella, le digo que le gusta tocar el piano a las cuatro de la mañana, pero los vecinos están acostumbrados, total, a los famosos se les perdona todo".

A pesar de que la escritora reclama no tocarlo bien, aquel piano de pared existe y con una vieja partitura abierta, se impone elegante en uno de los rincones del luminoso departamento, el que ya no tiene lugar para más libros y donde los recuerdos coleccionados durante toda una vida se posan orgullosos por las paredes de la sala principal del departamento de quien recibió, en 1969 en La Habana, el premio Casa de las Américas por su obra *Lo que va quedando en el camino*, dedicado a Ernesto *Che* Guevara, hombre al que admira mucho y que tuvo la oportunidad de conocer cuando éste fue Ministro de Industria de Cuba.

Tras un breve y veloz *tour* por su departamento, el que incluyó la cocina, donde la tataranieta de Isidora Zegers dejó los cuatro pequeños queques de naranja y frambuesa provenientes de la pastelería color pistacho, los que fueron "succionados" por una vieja caja de metal, la dramaturga llegó rauda a su habitación tras pasar por una pared en donde colgaban afiches plastificados de sus obras, las que han sido estrenadas en varias partes del mundo y en diversos idiomas.

Fotografías de sus veintitrés descendientes directos adornan la habitación de la escritora, inmortalizando sus cerca de noventa años de vida. Un salto la llevó directamente a su cama, donde la dramaturga se sacó los zapatos, se cruzó de

piernas y empezó a elongarse de forma increíble, moviéndose de izquierda a derecha y viceversa, sacando libros, bajando el volumen a *La Tempestad* de Beethoven, que en ese momento escuchaba y hurgueteando entre sus fotografías, las que en su mayoría guarda en el computador, el que maneja con gran destreza.

Al preguntar el motivo de la entrevista, un ruido proveniente del computador interrumpió la conversación, ante lo cual, Isidora Aguirre se volteó y le escribió a su hija por Messenger que no podía atenderla. Al enterarse de que los estudiantes de último año de Actuación y Diseño Teatral llevarían a escena una versión libre de su obra *Lautaro, Epopeya del Pueblo Mapuche*, que le valió el premio Eugenio Dittborn, otorgado por la Universidad Católica de Chile en 1982, la escritora preguntó quién sería el director, y al enterarse de que era Pato Pimienta, exclamó con un tono de ternura: "qué divertido, el pájaro aliño", aclarando que no lo conocía.

"A fines de los años setenta, un mapuche dirigente urbano de Santiago, que se llamaba Sergio Paineman, me pidió que escribiera defendiendo la raza mapuche. Esto era en víspera de la Ley Indigenista promulgada por Pinochet, la que reemplazó la Ley de Allende, a favor de los mapuches. En el fondo, era una forma de suprimir el minifundio, ya que a fines del Siglo XIX y para la pacificación de la Araucanía, repartieron tierras, dándole diez hectáreas a cada mapuche y lo demás se lo dieron a los alemanes y a los colonos. Pinochet quería que los mapuches pidieran préstamos, siempre que tuvieran la nacionalidad chilena, por lo que los mapuches iban a tener que pagar con la tierra", explica Isidora Aguirre referente a la Ley.

"Lo que más aprendí de Lautaro fue por boca de los actuales mapuches, ya que hay muy poca documentación sobre él, en cambio hay mucho escrito sobre Pedro de Valdivia. En los años ochenta, había un programa de radio llamado Nuestras Raíces, donde uno de los panelistas era un militar retirado de apellido Valenzuela. Por casualidad, cuando yo estaba escribiendo Lautaro, hablaron de él y este señor Valenzuela dijo que él había escrito un libro donde narra la batalla de Marihueño, siendo lo único que hay escrito sobre las tácticas que usaba Lautaro", explica la escritora.

"De este libro del señor Valenzuela, yo deduje cómo fue la Batalla de Tucapel, donde muere Pedro de Valdivia y por deducción escribí cómo Lautaro fue nombrado Toqui. Con esto quiero decir que yo, una novelista y autora de teatro, escribo por deducción parte de la historia que no está narrada. O sea, les entregué a los mapuches una parte que faltaba de la historia de Lautaro y eso refleja cómo uno va formando una obra y lo que significa la inspiración, que finalmente es la investigación sumado a la deducción", señala la escritora, quien se casó a los veintiún años con un refugiado de la Guerra Civil Española.

En estos momentos están ensayando en Bogotá la obra *Bolívar y Miranda* de Isidora Aguirre, la que le valió, en 1994, un Premio del Consejo del Libro. "Esta obra no se ha dado nunca en Chile y desgraciadamente esa obra no está en mi antología, pero la van a publicar en España, por lo que yo no soy profeta en mi tierra", explica la dramaturga, a quien le dedicaron, el 2006, el Festival Internacional de Teatro Clásico, el que se desarrolló en Almagro, España y en donde se presentó parte de su obra *Don Diego de Almagro*.

## ***Un viaje de ida y vuelta de la mano de Roser Bru***

*La artista de origen catalán desmontó su más reciente exposición, la que estuvo abierta al público entre el 15 de marzo y el 22 de abril y con la que el Museo de Arte Contemporáneo se propuso celebrar sus 60 años. Junto a sus cuadros, Bru se expuso sagradamente todos los fines de semana ante los visitantes, acompañándolos, explicándoles sus obras y dialogando con ellos. Sentados en un café cercanos al museo, la artista recorre de ida y vuelta su vida, esta vez aferrada a un croissant y a un jugo de frutas.*

Sobre la vida y obra de Roser Bru se ha escrito mucho. Sus cuadros han sido analizados en reiteradas ocasiones y la historia de esta catalana que llegó, a bordo del Winnipeg, el 1 de septiembre de 1939 al puerto de Valparaíso, escapando junto a su familia de la guerra civil española, es sabida por varios.

Pero Roser Bru es especial. Con más de 80 años y un acento español del cual no ha podido ni querido desprenderse, esta mujer está más viva que nunca. Transcurre más de media hora de la entrevista y la artista reconoce, después de haber hablado largamente de su infancia, que por primera vez, y hace poco tiempo se había preguntado sobre su muerte, ahora fuera de sus cuadros.

Habíamos entrado al elevador del MAC Parque Forestal para descender del tercer al primer piso y así salir rumbo a un café aledaño, cuando en un acto un tanto

automático, Bru presionó el botón del piso dos, el mismo que la artista ocupa en su totalidad con su exposición *Trabajos de ida y vuelta*, muestra que surgió de una invitación "del Brugnoli", como ella se refiere al director del MAC, Francisco Brugnoli, quien en febrero pasado le propuso a la artista "tomarse todo el segundo piso" de ese lugar y así celebrar los 60 años del museo.

Al llegar al segundo piso, Bru argumentó con un tono de complicidad obsesiva y poniendo cara de niña tímida: "es que vi a unos muchachos cuando venía entrando", dejando al descubierto su fascinación por acompañar a quien ingrese a ver su exposición, los que, en su mayoría y según ella, son gente joven. "Varios pintores que conozco han venido a ver mi exposición y pasan volando, sin que les importe tanto. A los que más les importa esta muestra ha sido a la gente joven".

De esa forma, apresurada, impaciente y como si se tratara de un amigo que ha estado largo tiempo esperando por ella, Bru pasó sigilosa por detrás de aquella pareja de muchachos *teenagers* que visitaban una de las seis salas donde expone esta sobreviviente de guerras y dictaduras, y sin querer interrumpirlos en la contemplación de sus cuadros, les dijo con un tono afectuoso: "yo soy la artista por si me quieren hacer alguna pregunta".

Aferrada a los brazos de los visitantes, como si se anclara a éstos y como gesto de complicidad, Bru les explicó ante sus tímidas preguntas, el porqué Velásquez, Goya, Kafka, Frida Kahlo, la sandía, el exilio, la guerra, la muerte y los detenidos desaparecidos, eran personajes y temas recurrentes en su obra.

Avanzábamos por Calle Mosquito y el museo quedaba atrás, perdiéndose entre los árboles y edificios del Parque Forestal. Al pasar por una panadería aledaña, Bru se detuvo bruscamente frente a ella, la apuntó y dijo: "aquí hacen la mejor marraqueta del barrio y fue en este lugar donde compré los doce panes que utilizo en mi instalación y que están junto a las fotos de los detenidos desaparecidos".

Restándole importancia y sin dejar de sonreír, agregó: "hace poco tuve que volver por una marraqueta, porque alguien se robó una de la obra". Al consultarle si ella creía que ese robo se podría interpretar como una reacción del espectador ante el mensaje de su trabajo, o como un anhelo del visitante por llevarse un pedazo de la obra de la artista, ella respondió con un tono ingenuo, como si no hubiese entendido la pregunta: "¿pero para qué, si la marraqueta estaba dura?"

Dejando claro que por ningún motivo ella toma café con leche si no es al desayuno, Bru ordenó un croissant y un jugo de frutas. En medio de la conversación y sin ella haber probado bocado de lo que había pedido, un fotógrafo entró con su equipo profesional para retratar el lugar. Inmediatamente la mirada de la artista se despegó de la grabadora, la que al parecer la había mantenido incómoda hasta ese minuto, al mismo tiempo que, con una actitud coqueta y sin perder el hilo de la conversación, le empezó a posar al desconocido fotógrafo, quien le devolvió la mirada apuntándola con su lente en reiteradas ocasiones y desde la distancia.

Al realizar una forzada pausa para que la artista pudiese tomar un sorbo de lo que había ordenado, ella dijo, casi atragantándose: "pero puedes seguir haciéndome

preguntas". Tras esa pausa y al reanudar la entrevista, Bru miró el lugar como si recién se hubiese dado cuenta dónde estaba. Fijó la mirada hacia un rincón donde habían libros para la venta y dijo: "yo he invitado al Warnken para que vaya a ver mi exposición, pero no ha ido, quizás porque como sabe mucho de literatura no se atreve a ir a ver mi trabajo". Volvió la mirada a la grabadora y me ofreció una punta de su croissant.

"El otro día se me ocurrió algo que nunca había pensado, me pregunté dónde iba a morir y dije, pues en Chile, porque es aquí donde han muerto mis padres. Quizás esta pregunta se me vino a la mente por la frase de Arturo Soria quien decía: `chicas, estoy en la pre muerte´", explica Bru, quien se define como una persona con dos vidas y no con dos corazones, en relación a que ha vivido entre España y Chile.

"Mientras se me ocurran cosas estoy viva", afirma esta hija de maestro, mientras se pasea ida y vuelta y en una hora de entrevista, por su vida y obra. Cataluña, Santiago y nuevamente Cataluña era el recorrido de esta artista, a quien recibieron en el puerto de Valparaíso con una inyección por si ella, o cualquiera de los dos mil inmigrantes, portaban alguna enfermedad. Sin duda que ella sí portaba una, la que no podía ser aniquilada con una inyección, y que era el talento que la convertiría, unos años más tarde, en la gran artista que es hoy y que, con una lucidez impresionante, concluye: "vivir es cierto, morir también".

## ***Las perlas y cicatrices de un valeroso torero***

La puerta del armario estaba abierta de par en par. Se podría vislumbrar unos tacos aguja rojo con un aspecto un tanto cansados y llenos de polvo, tal como si vinieran de vuelta de una de las tantas marchas, protestas o fiestas por las que su dueño, el escritor y artista **Pedro Lemebel**, los había encaminado.

Junto a los tacos aguja rojos se veía una tímida, flácida y estirada bufanda plumífera, que hacía juego con el rojo sangre de aquellos luchadores tacos, que ya exhaustos emanaban los últimos suspiros de un viaje iniciado a comienzos de los años 80.

Autor de *Incontables* (1986), *La esquina es mi corazón. Crónica urbana* (1995), *Loco afán. Crónicas de sidario* (1996), *De perlas y cicatrices* (1997), *Tengo miedo torero* (2001) y de *Zanjón de la Aguada*, su más reciente publicación, a través de su narrativa Lemebel nos traslada a una dimensión que entremezcla la ficción con la realidad, en donde sus personajes son partícipes de historias reales, luchando por conseguir la fricción de la tolerancia y del respeto.

Las andanzas de Pedro Lemebel se remontan a comienzos de los ochenta, cuando junto a otros artistas formaron el colectivo **Yeguas del Apocalipsis**, destinado a denunciar los actos de injusticias y atropello que cometía la dictadura

militar chilena. Sus obras han sido llevadas al teatro y actualmente son debatidas y analizadas a nivel mundial.

Aclamado por la crítica internacional, Lemebel escribe desde su interior, desde su experiencia de vida como hijo, como ciudadano, como pareja, como luchador, como homosexual y como ser humano. Con desgarradoras crónicas que invitan al lector a sentir, este escritor irreverente cuenta su verdad desde una perspectiva humana y real. Afectado por la muerte de su madre ocurrida hace ya dos años, Lemebel se hundió en una fuerte depresión de la que muchos creían ya no volvería a salir ni escribir. Con el tiempo y hace pocas semanas, lanzó *Zanjón de la Aguada*, publicado por Seix Barral, narrando a través de crónicas, el paso del tiempo, desde su infancia hasta el retorno de Augusto Pinochet o “Tutankamón” (como él lo llamaba) a Chile, tras haber estado preso en Inglaterra.

Dedicado a su madre, el libro – que aclara, no son sus memorias- empieza así: “Para ti, mamá, estas tardíos pétalos”.

### **Mi madre, la pobreza y el cielo de cartón**

“Lo vi el otro día en la tevé, Pedro”, comenta una vecina cocoroca, dejando una estela de alcohol en el aire al depositar la basura del día frente a la colorida fachada de aquel cité donde vive este escritor de plumaje irreverente y letras filudas.

Lemebel se trasladó al bohemio barrio de Bellavista hace ya dos años tras la muerte de su madre, doña Violeta Lemebel, hecho que marcó su vida y que al recordarlo no puede evitar emocionarse: “Fue la máxima emoción que me dio la vida; a partir de su desaparición comenzó a funcionar el reloj de mi muerte, el que te cronometra el tiempo que te queda de vida. Fue la mayor experiencia de amor que he tenido, y también mi confidente y mi cómplice, sobre todo en las letras, porque mi madre, a pesar de ser mujer sencilla, tenía una tremenda cultura de la atención y de la observación”.

Hijo de Pedro Mardones y Violeta Lemebel, Pedro se trasladó cuando era pequeño y junto a su familia a orillas del Zanjón de la Aguada, un lugar donde la pobreza golpeaba a diario las cuatro paredes y el endeble techo de su humilde hogar. Pero recordando su pasado infantil, Lemebel dice poder hacer un quiebre entre su pasado y su presente, entre su acontecer actual y su foto de la primera comunión, preguntándose: “¿Qué tengo que ver yo con ese *pendejo* cara de hostia que está mirando alguna nube en ese cielo de cartón?” Y es así como ríe mientras enciende un cigarrillo y el vidrio izquierdo de sus anteojos amenaza con agrandar la perforación que, sin querer o por descuido de su dueño, un día se quebró. Por honor a su madre y por lo original de su apellido, Pedro decidió cambiar su nombre de Pedro Mardones a Pedro Lemebel; “con ese nombre de gásfiter no habría llegado a ninguna parte, tiene que ver con la fantasía del nombre, como los travestis”, dice Lemebel en medio de risas. “Pensando que el apellido Lemebel es casi inventado porque nunca he encontrado otro Lemebel, y pensando en que todos los apellidos son paternos, porque se lo puso su padre y

pensando en una reinstalación, decidí cambiarme el apellido, algunos dicen que es francés, pero a mi no me gusta el francés, ese no es un idioma, es una gárgara. Además, como no tengo hijos, el apellido Lemebel se acaba en mí, y ahora lo veo repartido en las calles del pirateo urbano, en las vitrinas de las librerías, en los diarios...”.

Queriendo indagar un poco más en cómo y cuándo Pedro llegó asumirse gay, él, con su característico humor rápido y fugaz, afirma: “No me quedaba otra, se me notaba desde un avión”, acompañado de una larga carcajada. Entre infructuosas técnicas utilizadas por Pedro para camuflar su homosexualidad en su adolescencia, relata que arqueaba las piernas y ponía la voz más ronca; todo esto, según él, sin resultados: “Creo que era más atractivo siendo esta especie de personaje de Walt Disney emplumado, echando a rodar mi propia caricatura, era más atractivo asumirme como un molde, ir transformándome en una marca caleidoscópica, que incluso pudiera desconocerse a sí misma”.

### **Las “Yeguas” y el berrinche por la libertad**

“Fue un hermoso ejercicio para derrocar la soberbia”, afirma este escritor y artista al recordar las andanzas por Santiago en época de toque de queda y de represión extrema. Flameaban las plumas y sonabas los tacos para poder denunciar los hechos injustos y desproporcionados que se cometían. El modo de lucha eran las *performances* a través de la plástica, la fotografía y el video; los integrantes de

este colectivo hacían actividades provocadoras que para encender la llama de la tolerancia y del respeto.

“Veo las huellas borrosas de ese carnaval ceniciento. Fue una propuesta político-plástica que quedó abierta. Es una obra mitad mitológica y mitad ficción, una especie de aparición irreal, donde no se sabe si fueron cuatro, ocho o dieciséis los que componíamos el colectivo, eso de perder el rostro en esa máscara pintarrajeada de las Yeguas del Apocalipsis fue un hermoso ejercicio. De ahí nacieron una serie de movimientos de liberación homosexual chilenos que hasta el día de hoy se mantienen”.

### **“A patadas aprendí a leer y a besos aprendí a escribir”**

En su último libro, *Zanjón de la Aguada*, donde Lemebel hace una exhaustiva radiografía al Chile del ayer, del hoy y del mañana, también habla de su propio Palacio Infantil. “Mi pitufo imaginario de niño pelusa era dueño de aquel territorio castigado que yo hacía florecer como Palacio Infantil. Yo empecé a escribir antes de aprender a leer, mi primera visión de ese mundo (de la pobreza), de ese paisaje infantil pálido y descolorido, fue ni escritura y con la crónica pude colorear ese mundo”.

Un poco tímido, Lemebel dice haberse iniciado en la literatura a temprana edad; escribía cuentos y una vez llegó a ganar un premio nacional con su cuento *Porque el tiempo está cerca*. Es así como a través del género del cuento este escritor fue

buscando estilos, quedándose finalmente con la crónica. Dice que el mejor libro que ha escrito es *La Esquina es mi corazón* y que nunca podrá superarlo; “por el tipo de escritura, tenía otro pulso escritural, quizás un poco más barroco, hay ciertas estampadas de belleza podrida en ese libro que no las podré volver hacer”.

### **Las locas versus los piolas**

Dentro del mundillo gay también está presente la discriminación; unos a otros se inventan apodos. Locas y piolas es una forma de poder distinguir tipos de homosexuales, a los que “se les nota” y a los que no. Se entremezcla con un afán hipócrita de no conectarse con uno mismo, se mezcla con un constante miedo a poder ser descubierto. Impostar la voz a niveles exagerados, casi sobreactuados, tomarle la mano a una mujer y simular ser pareja, son técnicas de pantalla frecuentemente utilizadas para poder ser algo o alguien que no es. “Esa dualidad de estar fuera del armario o dentro de éste la he pensado y creo que la loca es una construcción cultural que puede estar en la homosexualidad y puede estar en la mujer también. No es una producción de los homosexuales solamente. Creo en la loca como imaginario, es una especie en extinción en esta globalización que amortigua las diferencias más agudas con una sobreactuada masculinidad gay. Es otra forma de pensarse, es un zigzag de escape del yo paterno, y frente a las personas que están en el armario no puedo instarlas a que salgan gritando ‘¡mamá, me iluminé!’”. Los gays son homosexuales y ésta es la palabra médica que uno detesta, porque está cargada de ciencia y la ciencia siempre es masculina, es una tipificación que viene desde ese conocimiento, aunque también, como dice el

escritor Carlos Monsivais, es cierto que el logro de la lucha homosexual es haber instalado dos palabras, homosexualidad y homofobia, dos palabras que no existían y ahora existe en el inconsciente colectivo de muchas personas, antes no, antes en mi población decía que era gay y pensaba que era parte de una extraña ecología, ahora todo el mundo sabe qué significa eso”.

### **Homosexualidad a la chilena: Sálvense quien pueda**

“Chile es un país doble, hipócrita, mediocre en la capacidad de asumir el cuerpo. No solamente con la homosexualidad, con otras situaciones también, es cuestión de cuerpo, y por ahí va lo religioso con su celibato y sus obispos pedófilos, poniendo alambres al deseo”.

Corría plena temporada del *reality show* criollo transmitido orgullosamente por las pantallas de la televisión estatal *chilensis*, cuando vemos que con el dedo índice una de las panelistas invitadas a conversar con los participantes, en un acto heroico para que éstos no se volvieran locos tras estar enjaulados meses y meses sin ver el sol, gritó al aire, en vivo y en directo, que uno de los concursantes era homosexual. La mirada atónita de sus compañeros de encierro, más la sonrisa boquiabierta de la invitada, habían roto los esquemas, no sólo de las enrabiadas seguidoras del guapo participante que soñaban con besarlo y abrazarlo, sino que de toda su familia que, sin saber, todavía elegían la iglesia para un eventual matrimonio de su nuevo hijo estrella.

Ese hecho marcó un acontecimiento en la sociedad chilena: muchos recién se enteraban qué era la homosexualidad.

### **El mundo mirado desde las alturas de unos tacos aguja**

Quizás desde las alturas de los tacos se pueda ver mejor el mundo, quizás es mejor estar sobre esa plataforma puntiaguda e hiriente antes que escalar la cima de la Torre Eiffel. Quizás desde las alturas de unos delgados y finos tacos aguja el mundo es distinto, la grandeza que eso puede llegar a producir no cautiva sólo al que los maneja, sino que también al que cae víctima de su filo.

Como una señora de distinguido renombre, Lemebel se luce en cada vez menos ocasiones sobre esa plataforma de finura y delicadeza, cada vez es menos frecuente verlo emplumado, maquillado, escotado y peinado para la ocasión, pero cuando se le ve deja una estela de *glamour* y finura, ésas que te hacen pensar en quién será la próxima víctima que será atravesada por las agujas del cable a tierra de este hombre.

“Los tacos aguja son una daga, un arma. Me siento seguro arriba de ellos, hay algo que funciona en mí, con el taco aguja no cabe ninguna duda, porque también es un equilibrio muy precario donde se tiene que hacer funcionar la cabeza para que no se te desequilibre ni la mirada ni el taco”.

## **Bolaño y mi escritura**

“Lemebel no necesita escribir poesía para ser el mejor poeta de mi generación”, afirmó el ya fallecido escritor chileno radicado en España, Roberto Bolaño. Fue *vox populi* que Bolaño era férreo seguidor de la pluma de Pedro Lemebel; es más, antes de morir, realizó una dura crítica a los más famosos escritores chilenos, siendo Lemebel el único que se salvó.

“Roberto fue muy generoso al decir cosas buenas de mí, pero también es verdad que me gané el odio de todos los poetas de Chile. Él habla de una poética, pero yo no quise meterme con la poesía porque era como hablar con Dios”.

## **No soy loca de argollas ni cadenas**

Buenos Aires ha sido la ciudad pionera en América Latina en oficializar la unión civil homosexual. Muchos miran con ansias poder cumplir con todos los requisitos necesarios para poder gozar de este beneficio, pero no todos piensan que una unión civil gay es una buena idea.

“Tiene que haber una base de generosidad y de derechos, de legitimidades comunes, en ese sentido miro con beneplácito las nupcias homosexuales. Pero a mí no me interesa la igualdad, porque con eso se trata de copiar a lo heterosexual. Yo no hablo desde la diferencia, en el momento en que a mí me reconozcan mi

diferencia yo voy a estar siendo validado, porque cuando hablan de la igualdad la pregunta te cae como balde de agua: ¿igualdad en comparación a quién?”.

Es así como este escritor valiente y atrevido galopa en aras de la libertad arriba de sus tacones altos y pronunciados, llegando a un equilibrio que lo mantiene nivelado para que nadie ni nada lo pueda llegar a bajar. Esa sí como Pedro Lemebel escribe desde su experiencia de vida, jugando con el tiempo, la historia y los personajes, a ratos emocionando y sacando carcajadas, sin que el lector sepa si lo que está leyendo es parte de la ficción o es realidad. Pero lo que sí está claro, es que la literatura de Lemebel es una radiografía de un Chile cada vez más hipócrita, discriminador y mentiroso, mostrado desde el mundo de las perlas y cicatrices de un valeroso torero.

## Al cierre...

Fue una sorpresa darme cuenta de que este trabajo de crónicas literarias, periodísticas y vivenciales tienen, ya sea por mera casualidad o de forma intencional, una conectividad.

Estas ideas, estas palabras y estas historias me han acompañado durante mi formación como periodista desde que ingresé a mi primer puesto como comunicador, en octubre de 2000, a Radio Tierra en un intento por “llegar al público joven” de la radio.

A lo largo de mi formación, la que también incluye, quizás por sobre todo, los viajes y trabajos que paralelamente realicé mientras era estudiante, recolectaba historias y las escribía en mi memoria. Esas historias son las que componen este trabajo, el que está hilado de una forma vertiginosa y con un lenguaje corrosivo con el que busco dejar en evidencia esa rabia iracunda que me causa la homofobia y la discriminación: aquella a la que se le da cabida a términos para diferenciar entre “las locas” y “los piolas”, y entre “los que se les nota” y “a los que no”.

Este trabajo es una cartografía de la crónica en cuanto a viajes, historias y personas. Busco, a través de la libertad que permite el estilo, derramar imaginarios, siempre anclado a la realidad.

Nunca olvidaré el llamado desesperado de la profesora Patricia Espinosa en una clase de literatura en el Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile, cuando nos interpeló para que escribiéramos de lo que no se escribe; historias bizarras, historias sórdidas, historias del *underground*.

Ese llamado fue crucial para derribar mis miedos y sentarme a escribir sin tapujos, ya que a través de esa invitación pude fantasear y atreverme a escribir sin temor.

Este trabajo reúne sensaciones, experiencias, viajes y situaciones, además de la vivencia de haber visitado Medio Oriente durante julio de 2006.

“Y, en verdad, la crónica es el laboratorio de ensayo del ‘estilo’- como diría Darío-modernista, el lugar del nacimiento y transformación de la escritura, el espacio de la *difusión y contagio* de una sensibilidad y de una forma de entender lo literario que tiene que ver con la belleza, con la selección consciente del lenguaje; con el trabajo por medio de imágenes sensoriales y simbólicas”.<sup>1</sup>

La crónica es una forma de ver la vida, la crónica es una forma de enfrentarse al entrevistado, de enfrentarse a la escritura y de enfrentarse a la vida. Al igual que el periodismo, yo no elegí la crónica, sino que ella a mí.

---

<sup>1</sup> Rotker, Susana: *La invención de la crónica*. México, Fondo de Cultura Económica, 2005, p.108.

## Bibliografía

Aranda/Gilberto y Palma/Luis. "Oriente Medio, una eterna encrucijada". Ril Editores, Santiago de Chile, noviembre 2006.

Garaudy/Roger. "Los Integrismos, el fundamentalismo en el mundo". Editorial Gedisa. Barcelona, España, 2001.

Mires/ Fernando. "El Islamismo. La última Guerra Mundial". Lom Ediciones. Santiago de Chile, 2005.

Rotker, Susana: "La invención de la crónica". México, Fondo de Cultura Económica, 2005, p.108.

Said/ Edward. "Orientalismo". Editorial Libertarias. Madrid, 1990.

Said/ Edward. "Crónicas Palestinas". Editorial Grijalbo, 2001.

Samhan Ravenna-Ruiz/ Fabiola. "Las hijas del Islam". Editorial Mare Nostrum. Santiago de Chile, 2005.

Zerán Chelech/ Faride. "Tejado de vidrio, crónicas del malestar". Lom Ediciones, Santiago de Chile, octubre 2007.

Varios autores. "¿Apocalipsis ahora? Chile y el mundo tras el derrumbe de las Torres Gemelas. Editorial Planeta. Santiago de Chile, 2001.